

# **MATRIMONIOS SANTOS:**

## **los santos *casados* como modelos de espiritualidad conyugal**

**Sumario:** En la primera parte (a manera de introducir el tema) damos una mirada a la situación de "escasez" de modelos de santidad conyugal; en la segunda parte se ofrece una reseña biográfica de doce matrimonios santos, modelos de espiritualidad conyugal.

**Summary:** In the first part (by way of introduction to the theme) we take a look at the situation of "scarcity" of models of conjugal holiness; the second part offers a brief biographical sketch of twelve "holy couples", models of conjugal spirituality.

Como hijo de unos padres santos, que probablemente nunca serán canonizados pero de cuya santidad no tenemos duda sus hijos, estoy convencido de que los esposos cristianos están llamados a la santidad, y que la familia es escuela de santidad. He visto y acompañado de cerca también esta vocación de los matrimonios a la santidad a lo largo de casi 25 años con los Equipos de Nuestra Señora. Dedico, pues, este obrito a mis padres, Wayne (†) y Joan, que me formaron en la fe y los valores cristianos a lo largo de toda mi vida hasta hoy, y a Teófilo Ayala y Kenny Varillas, para cuyo retiro prematrimonial preparé este tema por primera vez, y a los Equipos de Nuestra Señora de EE.UU. (Mount Vernon III) y Perú (Chimbote, I y Lima 13) que tuve la dicha de acompañar durante muchos años.

### **I. Muchos son los canonizados, pocos los *bien casados***

El objetivo de este librito es dar a conocer a diversos santos casados (*bien casados*) con sus cónyuges, como modelos de espiritualidad conyugal. Esto, con la intención de permitir a parejas católicas hoy sacar provecho de lo que dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

**Al canonizar a ciertos fieles, es decir, al proclamar solemnemente que esos fieles han practicado heroicamente las virtudes y han vivido en la fidelidad a la gracia de Dios, la Iglesia reconoce el poder del Espíritu de santidad, que está en ella, y sostiene la esperanza de los fieles proponiendo a los santos como modelos e intercesores.** (CEC 828, énfasis es mío)

Aquí se pretende retratar el ideal del matrimonio, encarnado y concretizado en diferentes parejas (de diversos siglos, edades, profesiones y culturas) para mostrar la diversidad y riqueza de lo que puede y debe ser un *buen matrimonio*. Para los fines de este estudio, no nos interesan *todos* los canonizados que un día se casaron, sino sólo los "*bien casados*". Es decir, vamos a descartar en principio a todos los que, por una u otra razón, siendo casados no son realmente modelo *de la relación conyugal*. Esos que no nos interesan aquí son:

- los que vivieron un infierno en el matrimonio y llegaron a ser santos "*a manos de*" su cónyuge (sobre todo esposas de varones infieles, violentos, abusivos, alcohólicos) pues aunque vivieron sin duda un amor conyugal heroico, ¡no es éste el tipo de matrimonio que se quiere presentar como modelo para las parejas y familias de hoy!¹

---

¹ Muchas de estas esposas *triumfaron* sobre los vicios de sus esposos por su oración, paciencia y sacrificios, y después de años, o incluso después de morir, lograron su conversión. Pero repito, no es esto lo que se espera de un matrimonio santo (que uno de los esposos tenga que vivir un verdadero martirio para salvar a su cónyuge). En esta y las demás categorías mencionaré solamente algunos ejemplos más claros de los "descartados".

- los que vivieron el celibato *a pesar de* ser casados (ya que el camino normal de matrimonio incluye la intimidad sexual como expresión e instrumento del amor unitivo y procreativo, como sacramento del amor de Dios).<sup>2</sup>
- los que fueron canonizados por lo que hicieron *después de* su matrimonio (los/las que fueron canonizados por haber fundado comunidades religiosas, más que por su vida matrimonial).<sup>3</sup>
- los que fueron reconocidos como santos *al margen de* su matrimonio (por ejemplo, por su generosidad para con los pobres y enfermos, o hacia los mismos hijos, o haber sido mártires, sobre todo si estas cosas se hicieron a título individual, sin la anuencia -- o con mayor razón *contra la voluntad* -- del cónyuge).<sup>4</sup>
- los que por su situación social o religiosa (sobre todo la realeza medieval, los *muy* ricos y los superdotados, y los que vivían en circunstancias insólitas) son *difícilmente imitables* por las parejas de gente ordinaria hoy.<sup>5</sup>
- las parejas de santos sobre quienes *muy poco podemos decir respecto a su vida conyugal*, a no ser por pura especulación (sea una ignorancia absoluta o relativa: porque no existen datos sobre su relación de pareja, o por lo menos porque yo no he logrado ubicar dichos datos).<sup>6</sup>

---

	Sta Isabel de Portugal, con el rey Denis infiel, celoso y peleador		s. XIII-XIV
	Sta Rita de Casia con su esposo violento, disoluto y abusivo (y 2 hijos iguales)	s. XV	
	Bta. Paula Gambará-Costa con esposo abusivo, infiel, bígamo, luego convertido	s. XV-XVI	
	Bta. Isabel Canori Mora, con esposo y suegros que la humillaban siempre	s. XVIII-XIX	
	Victoria Rasoamanarivo, 1ª reina católica malgache; con esposo borracho, abusivo	s. XIX	
2	Sta Cecilia y Valeriano el celibato perpetuo como condición de matrimonio	s. III	
	Sta Melania y Piniano célibes después de la muerte de sus 2 hijos.	s. IV-V	
	S. Paulino de Nola y Teresa obispo y su esposa que adoptaron la vida célibe	s. IV-V	
	SS. Enrique y Cunegunda, reyes, ambos vírgenes perpetuos	s. X-XI	
	Sta Eduvigis y Enrique, después de tener hijos, célibes 30 años	s. XII-XIII	
	S. Nicolás de Flüe y Dorotea Wysling célibes desde los 50 años de edad	s. XV	
3	Sta Brígida (fund. Orden de la Sma Trinidad)	Suecia	s. XIV
	S. de D. Jerónimo Le Royer (fund. Hnas. Hosp. de San José)	Francia	s. XVII
	Sta Juan Francisca de Chantal (co-fund. de las Visitadinas)	Francia	s. XVII
	Sta. Luisa de Marillac (co-fund. Hnas. de la Caridad)	Francia	s. XVII
	Sta Elizabeth Ann Seton (fund. Hnas de la Caridad)	EE.UU.	s XVIII - XIX
	Sta Joaquina de Vedruna (fund. Carmel. de la Caridad)	España	s. XVIII - XIX
	Bta. Ana Rosa Gattorno (fund. Hijas de Sta Ana)	Italia	s. XIX
	Concepción Cabrera de Armida (co-fund. Mis. Esp. Santo)	México	s. XX
4	Sta Isabel de Hungría por su hospital, obras caritativas	Hungría	s. XIII
	Lorenzo Ruiz protomártir de Filipinas	Filipinas	s. XVII
5	Sta Melania y Piniano grandes hacendados desprendidos		s. IV-V
	S. Esteban y Gisela, los primeros reyes de Hungría		s. X-XI
	SS. Enrique y Cunegunda, reyes alemanes del Imperio Romano		s. X-XI
	S. Fernando III y Beatriz, reyes de Castilla		s. XIII
	B. Margarita de Saboya y Teodoro II, marqués de Monferrato		s. XIV-XV
	B. Amadeo IX y Yolanda, duques de Saboya		s. XV
	Rey Balduino y Reina Fabiola reyes de Bélgica		s. XX
6	Hubo muchos mártires casados en las persecuciones del siglo III d.C., pero de la vida conyugal de ellos no sabemos nada. Igual para otros muchos santos casados de la época patristica:		
	Sta Nona y Gregorio papás de S. Gregorio Nacienceno y otros 2 santos		s. IV
	Sta Mónica, y Patricio; madre de S. Agustín, 2 otros hijos beatos		s. IV
	SS. Isidoro y María de la Cabeza labradores	España	s. XII
	Daniel y Mary O'Connell emancipador católico de Irlanda		s. XIX-XX

Más bien nos interesan aquí las personas canonizadas precisamente *por ser cónyuges santos*, esposos que se santificaban mutuamente y de cuya vida conyugal sabemos lo suficiente para que sean modelos de parejas hoy.<sup>7</sup> Este es el significado de mi frase "*bien casados*": se refiere a los santos que no sólo fueron *de hecho casados*, sino a los santos cuya vida conyugal es digna de emulación e imitación por su carácter entrañablemente evangélico.

Desgraciadamente, **hay muy pocos santos "bien casados" reconocidos por la Iglesia** (o sea, beatificados o canonizados), desproporcionalmente pocos. Los casados ya son de una proporción *muy* baja en la lista de santos canonizados, algo de 7 á 10 %, según diferentes cálculos, y los *bien casados* (los que serían excelentes modelos de la espiritualidad conyugal) son todavía más escasos: tal vez 1-3 % del total de los canonizados.<sup>8</sup> Para remate, los pocos que hay son muy poco conocidos, incluso por la gente de cultura católica, por los aficionados a las vidas de santos, y me atrevería a decir por la misma gente comprometida en el apostolado matrimonial y familiar.<sup>9</sup>

La infravaloración que se ha dado a la vocación del matrimonio en el área hagiográfica también la indican las **categorías** con las que se suele etiquetar a los santos (pastores, mártires, vírgenes, etc.): "*casados*" *ni siquiera figura* como categoría en la mayoría de los catálogos (ni en los "*comunes*" de la liturgia), *¿como si no fuera un camino específico hacia la santidad*, sino algo irrelevante a ella!<sup>10</sup>

---

S. de Dios Alberto Capellán e Isabel Arenas, campesinos

España

s. XX

<sup>7</sup> Presento aquí, es cierto, varios casos de matrimonios en que uno o ambos esposos no han sido canonizados, pero me parece que ellos también pueden ser modelo y aliciente para las parejas que quieren gastar su vida por el Reino de Dios. Me reservo el derecho de esperar que un día puedan ser también "*llevados a los altares*" para gozo y edificación de todas las parejas del mundo. Igualmente presente alguna que otra pareja que pertenece a las categorías que acabo de nombrar como descartadas de este estudio, pero es que me parecen, a pesar de todo, ser buenos modelos de otros aspectos de la espiritualidad conyugal.

<sup>8</sup> En su análisis de las celebraciones litúrgicas de santos en el Calendario Romano de Vaticano II, J.M. Bernal (*Para Vivir el Año Litúrgico*, Estella, Verbo Divino, 1997. pp. 221-243) da las siguientes cifras de celebraciones anuales: Apóstoles (13), Mártires (47), Papas (16), Obispos (40), Presbíteros (36), Diáconos, (3), Doctores (33), Abades (4), Monjes (2), Religiosos (14), Vírgenes (14), No Clérigos (20). Se supone que esta última categoría equivale a "santos varones" y "santas mujeres" que incluiría un buen porcentaje de casados. Y si todos ellos fuesen casados, todavía serían 20 casados entre un total de 242 o sea, alrededor del 8% (o un poco más, si se toma en cuenta la jerarquía casada de los primeros siglos, y mártires casados). Pero de estos, ¿¿cuántos serían santos 'bien' casados?? Vale notar aquí que --según el mismo análisis de Bernal-- hay semejante desproporción en otros muchos campos: distribución geográfica (donde Europa, y concretamente Italia son desproporcionalmente representadas), profesión, género, etc. Es decir, el caso de la "postergación" de los santos "*bien casados*" en las listas de la Iglesia no es único.

<sup>9</sup> Mis indagaciones durante 4-5 años mediante numerosas direcciones católicas de Internet de diferentes instancias de apostolado matrimonial o familiar no me han dado ningún resultado sobre "*santos casados*". ¡Ni siquiera hubo mención de los santos casados en artículos sobre "*espiritualidad conyugal*", donde se podría esperar que se encontrara! (Más bien he encontrado algunos datos relevantes en las listas de santos en direcciones de Internet, dada en la bibliografía.)

<sup>10</sup> Ver, por ejemplo, *Año Cristiano*, ed. Pérez de Urbel. en 2 vol, Madrid, BAC, 1959<sup>5</sup> En la obra clásica de Butler, *Vidas de los Santos* existen las categorías "*matronas*" y "*viudas*", pero no constituyen entre las dos categorías ni el 5% de los santos reseñados.

La **bibliografía** existente sobre este aspecto particular es muy escasa; sólo conozco dos libros, ambos en inglés, del mismo título "Married Saints", que desarrollan ex professo esta temática.<sup>11</sup>

Otro campo donde brilla por su ausencia el modelo de santidad conyugal es el del **arte sagrado**, poco dado a mostrar santos abrazados, en pareja... Por ejemplo, es raro encontrar una imagen de la Sagrada Familia con María y José abrazados... ¿Por qué tanto individualismo en la representación de los santos? Si bien se suele mostrar a los santos caritativos con enfermos (S. Juan de Dios), con los niños (S. Juan Bosco), indios (Bartolomé de las Casas) o esclavos negros (S. Pedro Claver SJ), ¿conoce Ud la imagen de algún santo o santa, representado(a) abrazado(a) con su cónyuge?<sup>12</sup>

**¿Por qué** son *tan pocos* los "bien casados" canonizados, si las parejas representan algo como el 80% de la población católica adulta, y los casados sacramentalmente conforman probablemente la mayoría de los católicos practicantes?

¿Será el matrimonio camino de santidad tan defectuoso que casi nadie llega a ella por medio de él? Si fuera así, habría que rehacer nuestra teología sacramental y abandonar nuestra práctica pastoral de matrimonio... Evidentemente no es ésta la conclusión sensata que hay que sacar de las estadísticas que acabamos de considerar. Parece que no es cuestión de defecto fundamental del *camino* de matrimonio para que los esposos se ayuden mutuamente en llegar a la santidad, sino de un cierto problema o desfase de la Iglesia en reconocer (*canonizar*) a un número adecuado de los muchos santos casados que hubo y que habrá "por allá". ¿Por qué esto?

Puede haber **razones** de tipo histórico, logístico, cultural, o ideológico que explican por qué hay tan pocos santos de este tipo, y también por qué son tan poco conocidos (los que hay). Si logramos entender la causa de esta disminuida representatividad (de los *bien* casados entre los canonizados), tal vez se puede hacer algo para remediarlo en algún grado, en este caso dando a conocer a algunos de los santos "bien casados" que ya hay entre los canonizados, y a otros que son o que un día podrían ser candidatos a lo mismo.

Entre las posibles razones de esta "postergación" de los casados en las listas de los santos podemos mencionar:

- Una memoria histórica más frágil. No suelen existir archivos, mucho menos archiveros *familiares* (entre los descendientes de una pareja santa), como los hay en las congregaciones religiosas; por lo tanto *se pierde mucha información histórica* (sobre las vidas de laicos eminentes en santidad) *necesaria para la reconstrucción histórica*, prerequisite imprescindible del proceso de canonización.
- Puede faltar el interés en promocionar su canonización. ¿Qué familia se preocupa de sus antepasados de 4 ó 5 generaciones atrás?, ¡ni hablar de hace 6 a 8 siglos! Sin

---

<sup>11</sup> Cf. S. P. Delany, *Married Saints*, Newman Press, Westminster MD (EEUU), 1935 338pp. (19 casos entre canonizados y no canonizados); J. F. Fink *Married Saints*, Alba House, NY, 1999. 177pp. (18 casos, incluyendo 4 de tiempos del NT). ¡Parece que existe un tercer libro en inglés del mismo nombre, de publicación reciente! En castellano, hay reseñas cortas de muchísimos santos laicos en: J.L. Repetto, *Mil Años de Santidad Seglar*, BAC, Madrid, 2002. Finalmente encontré datos sobre un libro de la tradición ortodoxa: D. y M. Ford, *Marriage as a Path to Holiness – Lives of Married Saints*, St. Tikhon's Seminary Press, South Canaan, PA (EEUU), 1999

<sup>12</sup> Pido que si los lectores conocen casos edificantes de santos casados, libros sobre ellos, obras de arte, direcciones de Internet al respecto, --lo que sea en este campo-- que se comuniquen conmigo a través de la dirección de correo electrónico dada al final de este texto.

embargo, la Orden Dominicana (por dar un ejemplo que me es conocido) sigue promoviendo la canonización de varios santos del siglo XIII. Por ejemplo recién se logró la canonización de una madre de familia terciaria dominica, Sta. Zedislava de Lemberk (†1252). Sólo fue promovida a los altares esta madre de familia por su pertenencia a la Orden de Predicadores.

- Puede ser por falta de recursos profesionales (historiadores, teólogos, biógrafos, secretarios), financieros (para subvencionar los gastos procesuales, publicación de libros, etc.) o por falta de una red de fieles devotos (que promueva la causa mediante su devoción, intercesión, informes sobre posibles milagros...).
- También influirán ciertos prejuicios: la mentalidad que los santos son siempre monjitas, obispos, anacoretas o mártires, --y no esposos ni padres de familia. La concepción de santidad como algo extraño, fuera de lo normal, milagrero, alejado de lo cotidiano y vida "secular"... puede influir en el poco reconocimiento de la santidad laical.

Creo que todo este asunto nos compromete en lo que podríamos llamar una hipoteca eclesial: rectificar este imbalance y desconocimiento de los santos "bien casados" en el calendario, listas y literatura de los santos; o, expresado en forma positiva: promover y fomentar el conocimiento, devoción y culto a los santos casados como modelos e intercesores de los millones de cristianos que siguen este camino de santidad hoy. En cuanto al propósito de *este* artículo, pretende contribuir al mayor conocimiento de los santos "bien casados".

---

“No hay palabras para expresar la felicidad de un matrimonio que la Iglesia une, la oblación divina confirma, la bendición consagra, los ángeles lo registran y el Padre lo ratifica. En la tierra no deben los hijos casarse sin el consentimiento de sus padres. ¡Qué dulce es el yugo que une a dos fieles en una misma esperanza, en una misma ley, en un mismo servicio! Los dos son hermanos, los dos sirven al mismo Señor, no hay entre ellos desavenencia alguna, ni de carne ni de espíritu. Son verdaderamente dos en una misma carne; y donde la carne es una, el espíritu es uno. Rezan juntos, adoran juntos, ayunan juntos, se enseñan el uno al otro, se animan el uno al otro, se soportan mutuamente. Son iguales en la iglesia, iguales en el banquete de Dios. Comparten por igual las penas, las persecuciones, las consolaciones. No tienen secretos el uno para el otro; nunca rehuyen la compañía mutua; jamás son causa de tristeza el uno para el otro... Cantan juntos los salmos e himnos. En lo único que rivalizan entre sí es en ver quién de los dos cantará mejor. Cristo se regocija viendo a una familia así, y les envía su paz. Donde están ellos, allí está también Él presente, y donde está Él, el maligno no puede entrar.”

--El último párrafo de “Ad Uxorem” (II,8) de Tertuliano (c. 200-206) que es una lindísima recomendación del matrimonio cristiano (en un tratado, por otra parte un poco raro).

## II. Vida conyugal de unos matrimonios santos ejemplares.

Es cierto que hay no pocas santas parejas en las páginas de la Escritura (Tobías y Sara, la pareja del Cantar de los Cantares, Priscila y Aquila, y preeminentemente la Sagrada Familia), pero como son más conocidos y hay comentarios sobre ellas más accesibles a los lectores de este artículo, he optado por no comentarlas en este artículo.

A continuación se presentan algunos datos sobre la vida y espiritualidad conyugal de doce parejas de santos esposos. Por limitaciones de espacio sólo haré breve alusión a los demás aspectos de la santidad de cada uno, enfocando principalmente en su relación de pareja y la vida familiar.

Sin más preámbulo (2 Mac 2,32), pasemos a la consideración de unos lindos matrimonios santos.

- 1) **SS. Aurelio y Natalia; Feliz y Liliosa, y el monje Jorge: compañeros mártires**
- 2) **Sta Margarita (16 nov) y Malcolm Canmore, reyes de Escocia: exquisita delicadeza en pareja y unión en todas sus obras**
- 3) **San Luis (25 ago) y Margarita de Provenza, reyes de Francia: discernimiento en pareja**
- 4) **Sta. Francisca Romana (9 marzo) y Lorenzo de Ponziani; su cuñada Vanozza y su esposo: unidas en las obras de caridad**
- 5) **Santo Tomás Moro (22 junio) y Jane Colt, y después de enviudar, Alice Middleton; su hija Meg (Margarita) y Guillermo Roper: las alegrías del hogar y la santidad familiar**
- 6) **Bta. Ana María Taïgi (9 junio) y Domenico Taïgi, pobres llenos de Dios<sup>13</sup>**
- 7) **Ven. Luis Martín y Ven. Celia Guerin, padres de Sta Teresita del Niño Jesús**
- 8) **Bta. Rafaela Ybarra (23 febrero) y José Vilallongo, pareja con corazón muy grande**
- 9) **Siervo de Dios Takashi Nagai y Midori Moriyama, víctimas y héroes de la era atómica.**
- 10) **BB. Luigi y María Beltrame Quattrochi, primer matrimonio beatificado como esposos**
- 11) **Jacques Maritain y Raïssa Oumansoff de Maritain: pareja enamorada de la verdad**
- 12) **Sta. Gianna Beretta y Pietro Molla: heroica esposa y madre al servicio de la vida**

---

<sup>13</sup> Esta reseña bibliográfica ha sido elaborado a base de las siguientes fuentes: las páginas web de <[http://www.ewtn.com/spanish/Saints/Beata\\_Maria\\_Taigi\\_6\\_10.htm](http://www.ewtn.com/spanish/Saints/Beata_Maria_Taigi_6_10.htm)>, <[http://www.corazones.org/santos/ana\\_maria\\_taigi.htm](http://www.corazones.org/santos/ana_maria_taigi.htm)>, G. LIVARIUS OLIGER de la *Enciclopedia Católica* (EE.UU.,1917, actualizada), disponible en: <<http://www.encyclopediacatolica.com/a/anamtaigi.htm>>, y los libros: Butler: *Vidas de los Santos*, J.L. Repetto: *Mil Años de Santidad Seglar*, BAC, Madrid, 2002 pp. 232-233.

## 1) SS. Aurelio y Natalia; Feliz y Liliosa, y el monje Jorge: compañeros mártires

La historia maravillosa de estas dos parejas y el clérigo "mandado por el cielo" para acompañarles en el máximo testimonio cristiano sucedió por el año 852, en tiempos del califato de Córdoba, es decir, del gobierno de los moros en España. Se trata de dos parejas de cristianos dentro de la sociedad musulmana. Aurelio, hijo de padres cristianos apóstatas (que habían renegado de su fe bajo presiones musulmanes), era obligado por la ley islámica de seguir la religión de Mahoma; pero seguía siendo él cristiano secretamente. Natalia, joven rica y bella, además adornada de las virtudes, era hija de padres musulmanes, pero después de la muerte de su papá, su padrastro (cristiano secreto también) la había hecho bautizar. Los dos esposos vivieron varios años sin atreverse a manifestar exteriormente su fe cristiana. Un día, el espectáculo de un cristiano acusado de blasfemia contra Mahoma, castigado y burlado públicamente por la población en general le hizo tomar conciencia de lo fácil y cobarde que era ser un cristiano con fachada de musulmán. Invitaba a su esposa a prepararse a dar testimonio público de sus convicciones cristianas, cueste lo que cueste. Los dos emprendieron un régimen de disciplina y oración para prepararse para el combate del martirio: ayunos, oración, limosnas, santas lecturas, coloquios con los sacerdotes y monjes, visitas a los confesores de la fe encarcelados... todo disimulado bajo la apariencia de la vida próspera de una joven pareja musulmana. En la cárcel conocieron a un tal Eulogio, doctor de los cristianos mozárabes, que seis años después de ese encuentro escribiría la historia de su martirio: "Allí los conocí; allí gané su amistad; allí me pidieron que los instruyese, que los dirigiese y les dijese lo que debían hacer con las dos prendas que Dios les había dado".<sup>14</sup>

Su pregunta respecto a sus dos hijas iba más allá de la simple preocupación de padres que preven su propia muerte y quieren velar por el futuro de sus hijos. Según la ley islámica, personas que reniegan de la fe musulmana pierden todo derecho de legar sus bienes a sus hijos: todo su hacienda pasa al fisco. La solución que les ofrecía Eulogio era radical: dejar encomendadas a sus hijas en un lugar donde estaría asegurada su crianza cristiana, dando una pensión para su manutención después de su muerte, y dar el resto de sus bienes a los pobres, antes que vaya a pasar a manos del gobierno musulmán.

Antes son vuestras almas que vuestras hijas. Dios será su padre y defensor... Yo sé que la profesión pública de vuestra fe os va a costar la vida, pero un cristianismo vergonzante no puede ser del agrado de Dios.

El entusiasmo de los dos esposos se comunicó a otro matrimonio que estaba con ellos estrechamente emparentado: Félix y Liliosa. Ambos igualmente buscaban una ocasión de profesar públicamente su fe en Cristo, porque vivían la misma situación religiosa de Aurelio y Natalia: musulmanes según la opinión de la gente, pero cristianos de convicción. (Félix en algún momento de debilidad había abandonado la fe cristiana; Liliosa era de familia secretamente cristiana.)

Un día, Natalia anunció que se le habían aparecido las vírgenes Flora y María, en túnicas blancas, rodeadas de claridad, llevando manojos de flores en las manos. Venían a decirle que tanto ella como Aurelio, Félix y Liliosa, estaban predestinadas para el martirio, y que a ellos se juntaría un monje que Dios había traído de países lejanos. Esta revelación infundió nuevo valor en los jóvenes esposos y avivaba sus deseos del martirio. Las cuatro redoblaban sus preparaciones para recibir la gracia del martirio, pero todavía no veían cumplido la parte de la visión que refería al otro personaje "traída por el Señor de tierras lejanas". Finalmente durante el mes de julio 852 llegó al monasterio Tabanense un cenobita sirio llamado Jorge, que había venido a España en busca de

---

<sup>14</sup> Palabras de la relación que da San Eulogio de Córdoba al fin del segundo tomo de su *Memorial de los mártires*, citado en Pérez de Urbel, *Año Cristiano*, Madrid, B.A.C. 1959, vol II, p. 171. Todo el relato presente es una condensación de lo que aparece en ese tomo bajo el 27 julio.

recursos para los 500 hermanos de la laura de San Sabas, a ocho millas de Jerusalén. Su virtud, su saber y sus dotes de predicación y enseñanza ya lo habían hecho famoso entre los cristianos cordobeses.

Cuando Natalia tuvo ocasión de conocer al asceta sirio, reconoció en él al compañero de su combate; Jorge, por su parte, estaba dispuesto al martirio. Aquella misma noche Natalia tuvo otro sueño en que el mismo monje le apareció envuelto en una nube de perfumes deliciosos. La mañana siguiente lo llevó ella a su casa, y al conocer a Aurelio, se encendió en el monje el fuego del deseo de inmolación por Cristo. Todos sentían muy unidos entre sí, seguros de que Dios les había llamado para dar la prueba suprema de su fe.

El 22 de julio fue Aurelio a casa de Eulogio de madrugada para despedirse de él y a pedir sus oraciones. Habían decidido que en vez de entregarse sería mejor que los denunciasen y los buscasen. Las dos esposas irían a la basílica con la cara descubierta, acompañadas de sus maridos, lo cual de ninguna manera pasaría desapercibida, y si preguntado, darían un claro testimonio de su compromiso cristiano. Luego esperarían juntos el momento de su arresto y martirio. Dicho y hecho: fueron interrogados en el acto, pero nada pasó. Pero horas más tarde fueron sacados de su casa "a la mala" por un piquete de policías y llevados ante el juez. Rechazaron todos los intentos de hacerles apostatar, y finalmente fueron encarcelados. La cárcel se hizo escenario de cosas maravillosas que asombraban a los mismos carceleros: luces, visiones y voces, cadenas desatadas... Eulogio fue a visitarles para darles los últimos consejos, y el monje de San Sabas le entregó una breve autobiografía que acababa de escribir en prisión.

Cinco días más tarde, comparecieron ante el cadí, y todos los intentos de hacerlos apostatar fracasaron nuevamente. Entonces no quedaba más remedio que aplicarles la ley en todo su rigor. Aquel mismo día fueron degollados los cinco, dando un hermoso ejemplo de compromiso "hasta las últimas consecuencias", no sólo en pareja, sino en grupo de matrimonios con acompañamiento de uno de vocación célibe. "Bellos y amables son los santos de Dios --exclamaba San Eulogio-- amáronse dulcemente en la vida, y no quisieron separarse en la muerte."

## **2) Sta Margarita (16 nov) y Malcolm Canmore, reyes de Escocia: exquisita delicadeza en pareja y unión en todas sus obras**

Santa Margarita, reina de Escocia en el siglo XI, impulsó las artes de la civilización, la educación y la religión,<sup>15</sup> y actuaba abnegadamente en beneficio de los más necesitados del reino.<sup>16</sup> Su esposo el rey Malcolm, le consultaba en todos los asuntos más graves de Estado, en tiempos de guerra y en tiempos de paz, y administraba ella los asuntos del palacio más que el mismo rey.

¿Cómo llegó a Escocia una mujer de esta talla en pleno siglo XI? Margarita, hija del rey S. Eduardo de Inglaterra, nació en 1046 en el exilio, debido a la invasión de Inglaterra por el rey Canuto de Dinamarca. Fue criada en la muy cristiana corte de S. Esteban de Hungría, donde recibió una esmerada educación en la fe, dedicándose al estudio de las Escrituras desde niña.

---

<sup>15</sup> Organizaba sínodos eclesiales y participaba en ellos; con su conocimiento de los escritores cristianos y las normas de la Iglesia romana, insistía en instaurar la observancia dominical, los ayunos, y la comunión pascual, y para corregir abusos como la simonía, la usura y el incesto. Se preocupaba del nombramiento de fervorosos sacerdotes para las iglesias, y organizaba a las damas de su reino para confeccionar ornamentos para el culto divino y vestimenta para el decoro de la corte. Junto con su esposo fundó y edificó varias iglesias, entre las que destaca la de Dunfermline, dedicada a la Sma. Trinidad, en recuerdo de sus bodas y para la salvación de toda su familia.

<sup>16</sup> Los reyes construyeron hospicios, casas de beneficencia, y hospitales para los enfermos y pobres. Ella visitaba y curaba personalmente a los enfermos, acogía a los peregrinos, y rescató a muchos cautivos. Al salir del palacio, la reina solía ser rodeada de mendigos adondequiera que iba; muchas veces regresó sin dinero, sin alhajas, y a veces hasta sin zapatos en su afán de socorrerles en sus necesidades.



Después de volver a Inglaterra, tuvo que huir nuevamente con sus hermanos, durante la persecución de Guillermo el Conquistador (1067), y llegaron fortuitamente a la costa de Escocia, donde reinaba Malcolm Canmore, viudo de unos 40 años de edad.

Una vez ahí, Margarita, tan hermosa como buena y recatada, cautivó el corazón de Malcolm y, en el año de 1070, cuando ella tenía veinticuatro años de edad, se casó con el rey en el castillo de Dunfermline. Aquel matrimonio atrajo muchos beneficios para Malcolm y para Escocia. El rey era un hombre rudo e inculto, pero de buena disposición, y Margarita, atendida a la gran influencia que ejercía sobre él, suavizó su carácter, educó sus modales y le convirtió en uno de los monarcas más virtuosos de cuantos ocuparon el trono de Escocia. Gracias a aquella admirable mujer, las metas del reino fueron, desde entonces, establecer la religión cristiana y hacer felices a los súbditos (...) No sólo dejó en manos de la reina la total administración de los asuntos domésticos, sino que continuamente la consultaba en los asuntos de Estado.<sup>17</sup>

Malcolm fue transformado, bajo la influencia de la gracia divina, obrando a través de su esposa, llegando a ser un magnífico soberano cristiano. Del carácter nobilísimo de Sta Margarita tenemos el incomparable testimonio del que fue confesor de la reina a lo largo de su vida casada, el sacerdote Turgot, que escribió su biografía a pedido de una hija de la santa:

...La reina unía a la dulzura de su carácter un estricto sentido del deber y, aún dentro de su severidad, era tan gentil, que todos cuantos la rodeaban, hombres o mujeres, llegaban instintivamente a amarla, al tiempo que la temían, y por temerla, la amaban.(...) Algunas veces señalaba las faltas de los demás --siempre las suyas--, con esa aceptable severidad atemperada por la justicia que el Salmista nos recomienda usar siempre al decimos: "Encolerízate, pero no llegues a pecar". Todas las acciones de su vida estaban reglamentadas por el equilibrio de la más gentil de las discreciones, cualidad ésta que ponía un sello distintivo sobre cada una de sus virtudes (...) En resumen, puedo decir que cada palabra que pronunciaba, cada acción que realizaba, parecía demostrar que la reina meditaba en las cosas del cielo.

Y sobre la influencia de la "gracia conyugal" en su esposo, escribe el mismo clérigo:

Por la ayuda de Dios, ella le hizo atentísimo a las obras de justicia, misericordia, limosnas y otras virtudes. De ella él aprendió a observar vigiliias nocturnas en constante oración; le instruyó por exhortación y ejemplo cómo orar a Dios con gemidos del corazón y abundancia de lágrimas. Quedé asombrado, lo confieso, del gran milagro de la misericordia de Dios al percibir en el rey tan firme perseverancia y entusiasmo en su devoción, y me pregunté cómo podía existir en el corazón de un hombre viviendo en el mundo tan total tristeza por el pecado. Había en ella una especie de temor de ofender a una, cuya vida fue tan venerable, pues no podía sino sacar la conclusión de su conducta que Cristo habitaba en ella; no, más bien muy voluntariamente obedeció sus deseos y prudentes consejos en todo. Lo que ella rechazaba, él rechazaba; lo que le agradó a ella, él también amó por amor a ella. De tal manera que, aunque no sabía leer, daba vueltas y examinaba los libros de su devoción o de su estudio, y cuando la escuchaba expresar una especial estimación de cierto libro, él también lo miraría con especial interés, besándolo y muchas veces tomándolo en sus manos.<sup>18</sup>

Dios bendijo a los reyes con seis hijos y dos hijas, a quienes su madre educó con escrupuloso cuidado; ella misma los instruyó en la fe y doctrina católica. Su hija Matilde se casó después con Enrique I de Inglaterra (de quien deriva la actual familia real inglesa) y pasó a la historia con el sobrenombre de "Good Queen Maud" (la buena reina Maud), mientras que tres de sus hijos ocuparon sucesivamente el trono de Escocia, uno de los cuales se le venera como santo.

Los cuidados y la solicitud de Margarita se prodigaban igualmente entre los servidores del palacio; inculcaba a familiares y súbditos la lectura de las vidas de los santos. Y todavía, a pesar de los asuntos de Estado y las obligaciones domésticas que debía atender, se mantenía recogida en Dios. En su vida privada observaba una recia austeridad. Juntos los reyes solían hacer ciertas prácticas penitenciales; cada día, antes de comer, servían personalmente a un grupo de huérfanos y adultos pobres. Durante Adviento y Cuaresma, los reyes solían invitar a comer en el palacio a 300

---

<sup>17</sup> Butler, *op cit.*, II, p. 511

<sup>18</sup> De la biografía de Turgot. El primer párrafo está citado en Butler, *op cit.* II, p. 514. Del segundo párrafo he perdido la referencia secundaria, pero es también textualmente tomado de Turgot.

pobres que ellos mismos atendían, a veces de rodillas, y con vajilla semejante a la que usaban en su propia mesa. Esto lo hicieron en forma privada: sólo podían asistir los capellanes, algunos religiosos y los servidores.<sup>19</sup> La santa reina ayunaba cada año en Adviento y Cuaresma, y asistía cada noche a la vigilia de Maitines en la iglesia; muchas veces el rey la acompañaba en esos desvelos. Durante el día empleaba algunas horas en la oración.<sup>20</sup> Sobre todo dedicaba tiempo cada día a la lectura de las Escrituras. El libro de los Evangelios era su más apreciado tesoro, que leía diariamente; Malcolm, dándose cuenta de esta preferencia, mandó hacer un rico enojado Evangeliario con las hojas pintadas con letras de oro y se lo presentó personalmente como signo de su especial amor. Dicho libro cayó una vez a un río, y fue considerado un milagro que lo recuperaron horas después con las hojas y letras intactas.

En cierta fecha cuando sus hijos ya estaban crecidos, salió su esposo junto con los hijos para defender el territorio nacional en la frontera con Inglaterra. Ella se despidió de ellos con lágrimas, y después su confesor notó un cambio repentino en ella: ya no irradiaba la misma alegría, y con gran intimidad empezaba a hablarle de toda su vida, en orden. Le dijo llorando: "Adiós; mi fin se acerca; cuida de mis hijos y acuérdate de mí en la Santa Misa". Algún tiempo después, estando con sus damas, ella sufrió una crisis aguda: se puso pálida, su corazón palpitaba violentamente, y cuando pudo hablar, dijo: "Una gran desgracia ha caído hoy sobre el reino de los escoceses." Horas más tarde, después de recibir el Viático y disponerse para acoger la voluntad de Dios, llegó uno de sus hijos, quien por el estado extremado de su madre temió darle la mala noticia de la muerte de su esposo y otro de sus hijos en la batalla. Ella le reveló que ya sabía lo que había pasado, pero que quería escuchar los hechos de su boca. Sólo entonces el hijo se animó a decirle la verdad, a la que ella respondió: "Te doy gracias, Señor; gracias porque me das paciencia para sufrir tantas calamidades juntas; al mandarme tan grandes aflicciones en la última hora de mi vida, Tú me purificas de mis culpas. Así lo espero de tu misericordia." Murió Sta Margarita a los 47 años de edad, el 16 de noviembre de 1093, apenas cuatro días después de la muerte de su marido. Inmediatamente el pueblo empezó a honrarla como santa, y su popularidad ha sido inmensa en Escocia y en otros países. Es recordada, sobre todo, por su admirable generosidad para con los pobres y afligidos.

### **3) San Luis (25 ago) y Margarita de Provenza, reyes de Francia: discernimiento en pareja**

San Luis IX (1214-1270) "poseía las cualidades de un gran monarca, de un héroe de epopeya y de un santo. A la sabiduría en el gobierno unía el arte de la paz y de la guerra; al valor y amplitud de miras, una gran virtud. En sus empresas la ambición no tenía lugar alguno; lo único que buscaba el santo rey era la gloria de Dios y el bien de los súbditos."<sup>21</sup> Supo traducir las exigencias de la fe cristiana en su ejercicio del gobierno, institucionalizando, por primera vez, la administración de la justicia mediante leyes procesuales, examen de testigos, documentos escritos, etc. Caritativo hacia los pobres, austero consigo mismo, hombre de oración, amante de la Iglesia, ganó la estima de todo el pueblo francés y hasta de sus enemigos. Su integridad e imparcialidad eran tales que los barones, los prelados y aún los reyes se sometían a su arbitraje y se atenían a sus decisiones. El reino de Francia y la religión católica prosperaron durante su reinado de 44 años.

---

<sup>19</sup> Una costumbre familiar suya que se extendió al pueblo escosés era la bendición *después* de tomar los alimentos, que hoy día se conoce como "la bendición de Sta. Margarita".

<sup>20</sup> En las cercanías a la abadía de Dumfermline había una cueva a la que ella solía retirarse para orar. Una vez su esposo, llevado por los chismes de algunos de la corte, le iba buscando hasta encontrarla en la cueva, pensando que le estaba engañando con alguien; al oírla hablando con Cristo, se arrepintió y le pidió perdón.

<sup>21</sup> Butler, *op cit.*, III, p. 401

Pero, lo que nos interesa aquí, sobre todo, es la calidad de su relación conyugal con Margarita Berengar, una mujer extremadamente bella (tanto que provocó celos en su suegra, la dominante matrona Blanca). Fue un matrimonio lleno de amor, a pesar de tener ella un carácter arrogante e inquieto. San Luis era riguroso hacia su propio cuerpo, pero tierno y afectuoso hacia su esposa.<sup>22</sup> Una de las características de esa familia real es la santidad en familia.<sup>23</sup> San Luis y Margarita tuvieron 11 hijos, y dejó el santo un hermoso testamento escrito como memoria y exhortación a su hijo<sup>24</sup> que describe los deberes y carácter que debe tener un gobernante cristiano: es fiel retrato de su propia personalidad y santidad "profesional"

Hay varias anécdotas que demuestran la originalidad y seriedad de su relación conyugal (y también cierta amable terquedad). San Luis, a lo largo de su vida casada, nunca emprendió ninguna empresa de importancia sin contar con el permiso de su esposa. Incluso cuando cayó preso de los moros durante una Cruzada en Egipto (en 1248 embarcaron el rey con la reina y los cruzados para apoyar a las fuerzas cristianas en el Medio Oriente. El objetivo de esta cruzada fue Egipto. Tomaron la ciudad de Damietta, en el delta del Nilo, sin dificultades. Pero a la hora de entrar triunfalmente en la ciudad, el rey y la reina no cabalgaron con pompa, sino que entraron a pie, después de los del legado pontificio. El rey decretó severos castigos contra el saqueo y el crimen, ordenó que se restituyese todo lo robado, y prohibió matar a los musulmanes si se podían tomar como prisioneros... pero muchos cruzados se entregaron al pillaje y a la matanza. Posteriormente sufrieron varios problemas graves debido al clima, las enfermedades, y una defensa más eficaz de parte de los sarracenos. En abril de 1250, cayó preso el rey, junto con lo que quedaba de su ejercito. Durante su cautiverio "el rey rezaba diariamente el oficio divino con sus dos capellanes, como si estuviera en su palacio. A las burlas insultantes de los guardias, respondía con tal aire de majestad y autoridad, que éstos acabaron por dejarle en paz. Cuando estaba negociando el rescate de sus soldados y su propia liberación, exigió que le permitiesen hablar con su esposa antes de dar su decisión definitiva. Sus captores musulmanes se sorprendieron de eso, y él repuso que no podía concluir nada sin ella, "porque ella era su Señora" y que como tal le debía este respeto.

Una ocasión en que ella le negó su permiso fue cuando San Luis le hizo partícipe de su deseo de renunciar el trono (ya que su hijo mayor era de la edad necesaria para heredarlo) y hacerse religioso. Le pidió que accediera a su intención, pero ella firmemente rechazó la idea, mostrándole con argumentos por qué debía seguir como rey hasta su muerte. El se dejó convencer, y nunca más volvió a hablar del asunto.

Pero lo que el santo exigía de sí mismo respecto a "su Señora", también exigía de su esposa frente a él. Margarita decía de su marido, quejándose, que era "bien raro". Una vez en una tempestad en alta mar, un oficial de su corte le sugirió a ella que haga un voto de hacer peregrinación si llegaba con bien a Francia. Ella dijo que muy voluntariamente haría tal voto, pero si el rey se enteraba que lo haya hecho sin consultarle a él, "nunca me permitiría cumplirlo. Es tan raro."

En la siguiente anécdota, llega a un punto realmente chistoso, esto de la "obediencia mutua". Ella quería que él se vistiera con ropa más conforme con su dignidad real, y no la ropa común y corriente que él solía llevar. Al reclamarle una vez, él respondió "Mi señora, ¿quisiera que yo vistiera ropa más lujosa? "Sí, definitivamente -respondió ella- y quiero que lo hagas".

---

<sup>22</sup> San Francisco de Sales, siglos más tarde, escogió a San Luis, rey de Francia, como modelo del *afecto conyugal* en su obra clásica *Introducción a la Vida Devota*, (1609) la cual, --dicho sea de paso-- marcó un hito importante en la historia de la espiritualidad, por proponer la santidad como vocación y meta para personas de todo estado de vida.

<sup>23</sup> La hermana de S. Luis es Sta Isabel de Francia, fundadora de un monasterio en 1270; su primo hermano es San Fernando, rey de Castilla y León (España) quien era un monarca tan profunda-mente cristiano como Luis.

<sup>24</sup> Se encuentra en la 2ª lectura del Oficio de Lecturas, en la Liturgia de las Horas de su fiesta.

"Bueno, de acuerdo -dijo el rey- estoy dispuesto a complacerte en esto, porque la ley del matrimonio exige que el esposo complazca a su esposa. Pero esta obligación es recíproca; tú entonces, estás obligada a conformarte a mi querer." "Y ¿cuál será esto?" preguntó, seguramente desconfiada de lo que tramaba. "Que te vistas de ropa más humilde. Tú te vestirás mi traje, y yo el tuyo." No aceptó la reina dicha propuesta, ¡así que quedaron las cosas como estaban!

Igual que en el caso de los reyes de Escocia, Luis fundó un hospital para los ciegos; invitaba diariamente a 13 a comer; mandaba repartir porciones a una gran multitud de necesitados y tenía una lista de pobres vergonzantes a los que ayudaba regularmente en todo su reinado. Pero en este caso no tengo datos que confirman la acutación de Margarita al lado del rey en estas obras caritativas.

#### **4) Sta. Francisca Romana (9 marzo) y Lorenzo de Ponziani; su cuñada Vanozza y su esposo: unidas en las obras de caridad**

Francesca de Bussi, mejor conocida como Sta Francisca de Roma (1384-1440), fue informado por su padre a los 10 años de edad que le había prometido en matrimonio a Lorenzo Ponziani. Ella se inclinaba -o mejor dicho, ya se había decidido para la vida de virginidad- por lo cual era una sorpresa chocante para ella, si bien su prometido era un hombre bueno, fiel a la Iglesia, delicado, honrado y generoso --y muy rico. Su confesor le aconsejó no poner resistencia a las instancias de sus padre. Una conversación con su futura cuñada Vanozza, días antes del matrimonio, la tranquilizó y le ayudó a ver que podría vivir consagrada al servicio de Dios en la vida conyugal, porque esta cuñada había tenido la misma inclinación que Francisca antes de su matrimonio. Casada a los 13 años, todavía tenía sus crisis al no encontrarse a gusto en la vida casada: al poco tiempo de haber celebrado sus bodas, Francisca cayó con una extraña enfermedad (con parálisis y mudez) que no encontró mejoría sino después de una visión y sanación en que se le apareció San Alexis, después de la cual se reconcilió con la idea de la consagración a Dios en el estado matrimonial.

Se mostró en adelante una esposa discreta, hábil ama de casa, dedicada al esposo durante sus 40 años de matrimonio.

A los dos años de casada nació su primer hijo, y así llegó a ser poco a poco matrona de una numerosa e influyente familia romana. La temprana muerte de su hijo Evangelista fue uno de los grandes goces de su vida, por las extraordinarias gracias que acompañaron la muerte del joven, que afirmó ver a dos santos que venían para conducirlo al Cielo. En algún momento recibió una aparición de su hijo que le advertía de la próxima muerte de una hija suya, pero prometió que en adelante Dios le daría un arcángel para ser su protección y apoyo. Y efectivamente experimentó desde ese día la presencia continua si bien invisible de ese enviado del Señor. Pocos santos han recibido tan frecuentes visiones y éxtasis como ella. Cual otro Dante vio en forma detallada los estados y personajes de la otra vida, de manera que justiprecie los dolores y las alegrías de esta vida, anhelando las delicias inefables de la gloria.

Encontró en su cuñada fiel compañera de oración, penitencia y sobre todo de buenas obras en aquellos tiempos turbulentos para la ciudad de Roma: además de la situación calamitosa de la Iglesia en sí, hubo varias invasiones de la ciudad por los grupos antipapales, hambrunas, y peste.<sup>25</sup> Sin descuidar las necesidades del hogar, se destacaron especialmente visitando a los pobres y enfermos de la ciudad. El hogar de los Ponciani era

uno de los más espléndidos e importantes de Roma, antes de ser saqueado en una de las invasiones, por lo cual empezaba a mendigar por las calles de Roma ayudas para los pobres, siempre acompañada de su cuñada), En ellos gastó toda la fortuna de su casa. Esta amistad santa

---

<sup>25</sup> Dos de sus hijos murieron de la peste antes de llegar a la edad adulta; ella fue confortada y consolada en su muerte por revelaciones recibidas de Dios.<sup>26</sup>

y misionera con Vannoza seguiría ininterrumpidamente 38 años, y es una de las características de la espiritualidad familiar de las dos esposas. Una vez, ante una queja de su suegra común (pues estaban casadas con dos hermanos) que cuestionaba e insinuaba cosas deshonestas de toda esta actividad fuera del hogar, los dos esposos negaron interferir en lo que hacían sus jóvenes esposas. Mostraron así un discreto apoyo y respeto por sus actividades apostólicas, dejándolas una amplia libertad de acción (libertad casi escandalosa, tomado en cuenta los patrones culturales de la época).

En realidad, toda esta entrega a las necesidades de los afligidos de la ciudad no significaba para Francisca desatender a su familia, porque priorizaba ante todo sus deberes familiares. En sus 40 años de casada, vivió en paz con su esposo. Mandó a sus domésticas (a quienes llamaba "hermanas", y a quienes trataba así en verdad) que la buscasen donde sea cuando su esposo tuviera necesidad de ella, aunque esté en misa u orando en el oratorio. No tenía miedo de dejar las cosas espirituales para atender las cosas del hogar, pues decía "Es muy laudable que una mujer casada sea devota, pero nunca debe olvidar que es una ama de casa. Y algunas veces debe dejar a Dios en el altar para encontrarlo en sus tareas domésticas."

Tratando de multiplicar la ayuda dada a los necesitados, y a la vez inspirar una vida más cristiana y más digna entre las mujeres de Roma, fundó un grupo de mujeres piadosas, la Oblatas de San Benito, quienes ayudaron a los más pobres y enfermos graves con sus oraciones, trabajo y espíritu de paz. Sufrió descomunales pruebas en los últimos años de su vida: su esposo tenía que huir de sus enemigos; su hijo mayor fue encarcelado muchos años en Nápoles; otro hijo murió de la peste, y sus otros 4 hijos también murieron al poco rato. Los enemigos de su marido saquearon la casa, destruyéndolo todo. Pero también gozaba de especiales consolaciones: veía muchas veces a su ángel de la guarda, quien le guiaba, aconsejaba, protegía y le estimulaba al bien.

Después de quedar viuda entró en esa misma congregación.

## 5) Santo Tomás Moro (22 junio) y Jane Colt, y después de enviudar, Alice Middleton; su hija Meg (Margarita) y Guillermo Roper: las alegrías del hogar y la santidad familiar

En su juventud Tomás Moro (1478-1533), brillante abogado y hombre dotado de muchas cualidades, pensaba seriamente en hacerse franciscano o cartujo. Después de cuatro años de incertidumbre y discernimiento, hacia 1504 decidió quedar en el estado laical.<sup>26</sup>

A principios de 1505 contrajo matrimonio con Juana, la hija mayor de Mr. John Colt... Roper nos cuenta que More prefería a la hija menor, pero, no deseando dasairar a la mayor, "movido por cierta piedad, amoldó su espíritu hacia ella, y bien pronto se casaron."

Sea como fuere, lo cierto es que Juana fue para él una esposa excelente y que pasaron juntos seis años muy felices en Bucklersbury, cerca de Wallbrook, donde ella le dio cuatro hijos, Margarita, Isabel, Cecilia y Juana que llegaron a ser lo que más amó en todo el mundo...

En [1511] falleció su esposa, y More escribió su epitafio: "Aquí yace Juana, la querida y pequeña esposa de Tomás More"... Su hija mayor tenía entonces sólo cinco años, y le seguían tres más; problema difícil para un hombre atareado. Lo resolvió a los pocos meses al casarse por segunda vez, con otra mujer pequeña llamada Alicia Middleton. Alicia poseía muchas cualidades excelentes, pero era de genio vivo y de lengua rápida, y no hallaba mucha gracia en todas las bromas y chanzas y acrobacias verbales a que More gustaba entregarse con sus amigos. Cuando alguien le preguntó por qué elegía a mujeres pequeñas por esposas, contestó "si las esposas son males necesarios, ¿no es acaso prudente elegir el mal menor?" Respuesta contundente. Sea lo que fuere lo que sus amigos pudieron pensar de Alicia, y ésta no fue popular entre ellos, ningún hombre amó más que More la vida hogareña o encontró en ella mayor placer.<sup>27</sup>

Santo Tomás Moro, humanista, amante de la literatura, hombre de conciencia insobornable y abogado íntegro, era un hombre hogareño que encontraba su máximo placer en pasar largos ratos entre sus familiares en los jardines de su casa. Amó lo más tiernamente a sus dos esposas, educándolas en la virtud y buenas disposiciones, enseñándoles música y viviendo muy felizmente con ellas. En una época en que la educación en letras no era común entre las mujeres, Tomás More fue pionero en el reconocimiento de la dignidad y derecho a la cultura de la mujer (su primera esposa Jane estudiaba 1-2 horas con él cada noche; enseñaba a su hija Meg latín y griego). Solía dirigir a todos los presentes en su casa --familiares y amistades-- en la oración al fin del día.<sup>28</sup> Nos queda un precioso retrato de esta familia extraordinaria de la mano de Holbein, que comenta un biógrafo del santo:

De todas las cosas espléndidas que Holbein hizo, ninguna es más agradable que su esbozo (...) de la familia More. Aquí están todos: el padre y la madre, el abuelo, los hijos, varios parientes y hasta el bufón de la casa, deliciosamente agrupados con una armonía que debe haber sido realmente la que prevaleció allí. William Roper, que vivió más de dieciseis años en la casa, dice que nunca vio a su suegro "siquiera una vez de mal humor."<sup>29</sup>

<sup>27</sup> L. Meynell, en P. Claude Williamson, *Grandes Católicos* Bs. Aires, Ed. del Plata, 1940; (orig. inglés) 183-185. Erasmo, que se alojaba con los Moro en el primer año de su matrimonio, escribió: "Es tal el encanto de su compañía y de su exquisita conversación que en su presencia se disipan todas las amarguras... Con las mujeres en general --y la suya en particular-- adopta un tono bromista y divertido." (citado en P.R. Santidrián, *Vida de santo Tomás Moro*, S. Pablo, Madrid, 1997, p. 69).

<sup>28</sup> Según el testimonio de su yerno D. Roper, Tomás Moro practicaba en su familia ciertas costumbres monásticas: Junto a la cotidiana costumbre de Sir Tomás Moro, cuando se hallaba en casa, de recitar, además de sus oraciones privadas con sus hijos, los siete salmos penitenciales, la letanía y los sufragios que le siguen, todas las noches antes de acostarse iba a la capilla con su esposa, hijos y sirvientes, y allí, de rodillas casi siempre, recitaban ciertos salmos y oraciones.

Otro testigo (Stapleton) afirma:

En la mesa se leía una pasaje de las Sagradas Escrituras con los comentarios de Nicolás de Lira o algún otro autor antiguo. La lectura la hacía una de sus hijas... La lectura duraba hasta que se hiciera una señal, y entonces Moro preguntaba a alguno de los que le acompañaban por el sentido que debía dar al texto. [Después, Moro introducía un tema más ligero y todos se divertían animadamente.] (Ambos testimonios en P.R. Santidrián, *ibid.*, 72-73.)

<sup>29</sup> L. Meynell, *art. cit.* 187-188.

Llevó una vida de familia extraordinariamente feliz. Con los años, se fue haciendo un carácter cada vez más delicado, alegre, bondadoso, afable, fiel a sus principios, intrépido y piadoso; en una palabra: la imagen del hombre auténtico.<sup>30</sup>

En muchos sentidos More fue un Canciller ideal; era abogado y trabajador infatigable; y durante su régimen ocurrió la inusitada circunstancia de que pudo abandonar su tribunal e irse a su casa porque no quedaban más casos pendientes.<sup>31</sup>

De alguna manera podemos considerarlo mártir por respeto a la indisolubilidad del matrimonio (en este caso particular, el del Enrique VIII), si bien había también otros principios y valores cristianos también en juego en su martirio. Pasó el último año de su vida en prisión, pero con permiso de visitas de parte de su esposa e hijos, y le suministraban materiales para escribir, esperando hacerlo capitular y avalar la supremacía eclesial del rey. Debido a su intransigencia en este asunto, suspendieron estos privilegios, lo cual era muy duro para un hombre tan amante de su familia, especialmente cuando los suyos no entendieron bien por qué no se aunaba a la decisión de otros tantos eclesiásticos. Su esposa se había indignado cuando él había decidido renunciar al puesto de Canciller del Reino por motivos de conciencia; menos todavía entendió la hondura de sus convicciones, que lo llevó a la inmólación voluntaria en defensa de la verdad católica. Pero durante su prisión en la Torre de Londres gozó de la fiel amistad y abnegada atención de su hija Meg, que era (como ella le escribió al final de una de sus cartas) "tu hija y compañera más amante y obediente, que siempre, todos los días y todas las horas, ha de rogar por ti".

Finalmente murió el 6 de julio de 1533, sentenciado a decapitación por traición a la patria, si bien en sus últimas palabras (momentos antes de la ejecución) el santo mantenía que él moría "fiel servidor del rey, pero primero de Dios".

Margarita ("Meg"), su hija mayor, se casó a los 16 años con Guillermo Roper (a sus 26 años), abogado compasivo y amable hacia los pobres y oprimidos. Inicialmente hubo dificultades entre los esposos por diferencias de religión (él era luterano). Pero lo que los consejos y argumentos de su suegro no consiguieron, las oraciones de su esposa, sí. Con el tiempo, lograron un matrimonio muy feliz. Guillermo Roper sobrevivió a su esposa varios años, y fue el primer biógrafo de Santo Tomás Moro, con quien había tenido una relación de mucha confianza y respeto.

## **6) Bta. Ana María Taïgi (9 junio) y Domenico Taïgi, pobres llenos de Dios<sup>32</sup>**

Ana María Gianetti (1769 - 1837) nació el 29 de mayo de 1769 en Siena, donde su padre era boticario. La familia perdió sus bienes y, reducida a la pobreza, emigró a Roma donde los padres de Ana trabajaron en el servicio doméstico en casas particulares, mientras que la joven se internaba en una institución que educaba a los niños sin recursos. Sólo lograron a enseñarle a leer a medias, porque al llegar una epidemia de viruela cerraron la escuela; nunca aprendió a escribir, más que garabatear su firma. A la edad de trece años, Ana comenzó a ganarse el pan con su trabajo.

Aprendió a hacer costuras, trabajando en el almacén de dos señoras fabricaba ropa de señora, y así ayudaba a conseguir la alimentación para su familia. Sus padres, cada día más irascibles, la

---

<sup>30</sup> R. Quardt, *Los santos del año*. Barcelona, Herder, 1958. p. 325.

<sup>31</sup> L. Meynell, *art. cit.* 189

<sup>32</sup> Esta reseña bibliográfica ha sido elaborado a base de las siguientes fuentes: las páginas web de <[http://www.ewtn.com/spanish/Saints/Beata\\_Maria\\_Taigi\\_6\\_10.htm](http://www.ewtn.com/spanish/Saints/Beata_Maria_Taigi_6_10.htm)>, <[http://www.corazones.org/santos/ana\\_maria\\_taigi.htm](http://www.corazones.org/santos/ana_maria_taigi.htm)>, G. LIVARIUS OLIGER de la *Enciclopedia Católica* (EE.UU., 1917, actualizada), disponible en: <<http://www.encyclopediacatolica.com/a/anamtaigi.htm>>, y los libros: Butler: *Vidas de los Santos*, J.L. Repetto: *Mil Años de Santidad Seglar*, BAC, Madrid, 2002 pp. 232-233.

trataban con extrema dureza, pero ella tenía siempre la sonrisa en los labios, tratando de alegrar un poco la amargada vida de su hogar. Su mayor consuelo y alegría los encontraba en la oración.

Un día en la casona de la familia Maccarani donde trabajaba su padre, le ofrecieron un puesto de sirvienta a Ana María. Poco después la mamá fue admitida allí también en el servicio doméstico, y así la familia tuvo ya una habitación fija y alimentación segura. Ana María era una excelente trabajadora y todos en la casa quedaron contentos del modo tan exacto como cumplía sus labores.

Cuando Ana tenía 20 años conoció y se enamoró de un obrero de 28 años llamado Domenico Taigi (1761 – 185-) que venía a traer mercado a la familia donde ella trabajaba. Se casaron en enero de 1789, e inicialmente la vida de esta pareja fue normal y corriente, sin especial profundidad espiritual, aunque los dos eran creyentes. Los esposos frecuentaban fiestas, teatros, reuniones de amigos, etc. Pero después de poco tiempo de vivir el matrimonio de esta forma, Ana María empezó a sentir deseos de una vida menos mundana y más centrada en Dios.

Un día en la Basílica de San Pedro, un santo sacerdote servita, el padre Angelo, sintió que cuando Ana María pasaba delante de él, una voz en la conciencia le decía: "Fíjese en esa mujer. Dios se la va a confiar para que la dirija espiritualmente. Trabaje por su conversión, que está destinada a hacer mucho bien". El padre grabó bien la imagen de Ana María, pero ella se alejó sin saber aquello que había sucedido.

Sin embargo, ella empezó a buscar a un sacerdote que la dirigiera espiritualmente. Indagó en varios templos pero ningún sacerdote quería comprometerse a darle dirección espiritual. Además era una simple sirvienta analfabeta con varios hijos; según los criterios de la época, pocas esperanzas podía dar una mujer de tal clase de llegar a la santidad.

Pero un día al llegar al templo donde se había casado vio a un sacerdote confesando y se fue a su confesionario. Era el padre Angelo, el cual al verla llegar la reconoció, y le aconsejó hacer caso de la llamada de Dios a la santidad, contándole las palabras que había escuchado el día que la vio por primera vez en la Basílica de San Pedro.

El padre Angelo habría de ser su confesor durante muchos años. El sacerdote se dio cuenta desde un principio que estaba tratando con un alma elegida y ella, por su parte, siempre consideró el momento en que conoció al padre Angelo como la hora de su conversión.<sup>33</sup>

Desde entonces empieza para Ana María una nueva vida espiritual. Domenico era tosco, malgeniado, y duro de carácter, pero buen trabajador, y ella lo fue transformando poco a poco en un buen cristiano. En su matrimonio tuvieron siete hijos.

Bajo la dirección espiritual del padre Angelo comienza a llevar una vida de oración y penitencia, pero por sus consejos renunciaba a ciertas penitencias que podrían dañar su salud o impedir el cumplimiento de sus deberes de esposa y ama de casa. En una de sus revelaciones, el Señor dijo a Ana María que la verdadera perfección consiste en la mortificación de la propia voluntad, en ocultar las buenas obras que se hacen, en ser buena, caritativa y paciente. Entonces se dedicaba a cumplir aquel lema: "La mejor penitencia es la paciencia". Demostró gran paciencia cuando su marido estallaba en arranques de mal genio o frente a las personas que despreciaban su manera de vivir. Por testimonio de su marido Ana María nunca le había negado el "derecho matrimonial" en sus 48 años de matrimonio, ni nunca la había escuchado proferir una queja ni palabra colérica o falta de caridad. Humildad y confianza en Dios eran sus armas para salir de los

---

<sup>33</sup> Otros de sus directores espirituales fueron el trinitario descalzo, P. Fernando de San Luis Gonzaga, que además dirigía a una amiga de Ana María, la también beata Isabel Canori Mora; ambas señoras se hicieron terciarias trinitarias bajo su influencia (Isabel en 1807, Ana María en 1808) y el Cardenal Pedicini que, habiendo dirigido a la Beata durante 30 años junto con el P. Angel, después de la muerte de ésta, daba fe en sus memorias de los extraordinarios dones carismáticos con que Dios dotaba a Ana María.



malos trances.

...fue una esposa y madre modelo, educando [a sus hijos] con todo esmero en los principios cristianos, sabiendo mezclar con sabiduría la blandura con la serenidad. Para su esposo fue amable, cariñosa, servicial y obediente poniendo todo su empeño en darle su sitio en el hogar. Ella hizo de su casa una casa de oración, de orden, de serenidad y de buen gusto en todo lo que hacía. Celosa de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, le concedió el Señor la gracia de consolar y aun curar a numerosos enfermos.<sup>34</sup>

Afortunadamente tenemos un extraordinario testigo sobre la vida matrimonial de Ana María y Domenico: el mismo esposo Domenico testificó en el proceso de beatificación de su esposa, a los 91 años de edad. Citamos aquí y más adelante extensamente de sus palabras:

Me ocurrió frecuentemente que, llegando a casa para cambiar mi ropa, la encontraba llena de gente desconocida que venía a consultar a mi mujer.<sup>35</sup> Pero ella tan pronto me veía, dejaba a cualquiera, aunque fuera un monseñor o una gran señora y se iba a atenderme, y a servirme la comida, y a ayudarme con ese inmenso cariño de esposa que siempre tuvo para conmigo. Se podía ver que lo hacía con todo el corazón; se habría arrodillado en el suelo a quitarme los zapatos, si yo se lo hubiese permitido. Para mí y para mis hijos, Ana María era la felicidad de la familia. Ella mantenía la paz en el hogar, a pesar de que éramos bastantes y de muy diversos temperamentos. sobre todo cuando Camilo, mi hijo mayor, se quedó a vivir con nosotros durante los primeros tiempos de su matrimonio. Mi nuera era una mujer que se complacía en crear la discordia y se empeñaba en desempeñar el papel de ama de casa para molestar a Ana; pero aquella alma de Dios sabía cómo mantener a cada cual en el puesto que le correspondía y lo hacía de una manera tan sutil, tan suave, que no la puedo describir. A veces yo llegaba a casa cansado y de mal humor y estallaba en arrebatos de ira, pero ella sabía tratarme de tal manera bien que yo tenía que calmarme al muy poco rato. Cada mañana nos reunía a todos en casa para una pequeña oración, y cada noche nos volvía reunir para la lectura de un libro espiritual. A los niños los llevaba siempre a la Santa Misa los domingos y se esmeraba mucho en que recibieran la mejor educación posible.<sup>36</sup>

En este mismo testimonio jurado, Domenico Taïgi describe como encomendaba la dirección del hogar a su esposa:

Le permití manejar todo porque veía que se desempeñaba perfectamente en la tarea [...]. Estaba siempre amable y sonriente, aunque tenía muchos diferentes males. Esto, sin embargo, no le impidió trabajar con sus manos; se encargó de todo, y tenía manos de oro. En cuanto a mí, yo no tenía que preocuparme de nada. Me confeccionaba pantalones y abrigos. No se expresarme bien. Para decirlo en forma breve: estoy viejo, pero si estuviese joven y tuviera ganas de viajar por el mundo entero para encontrar semejante mujer, sería imposible encontrar a una. He perdido un gran tesoro.

¡Qué bello testimonio del compañero de su vida, que admitió humildemente: “Es debido a ella que corregí algunos de mis faltas. Creo que Dios finalmente la recibió en su cielo por su gran virtud, y espero que ore por mí y por mi familia.” Vivía en un hogar de creciente familia: además

---

<sup>34</sup> J.L. Repetto, *Mil años de Santidad Seglar*. BAC, Madrid, 2002, p. 232.

<sup>35</sup> Conviene mencionar aquí otro aspecto de la santidad de esta señora, que ayuda a entender lo que dice su esposo, que al llegar a casa muchas veces “la encontraba llena de gente desconocida que venía a consultar a mi mujer”. Desde el momento de su conversión, Dios había dado a la beata maravillosas intuiciones sobre los peligros que amenazaban a la Iglesia, sobre acontecimientos futuros y sobre los misterios de la fe. Estas cosas se le revelaron a Ana en un “sol místico” que reverberaba ante sus ojos y en el que vio también los sentimientos y pensamientos de personas famosas, y las iniquidades que los hombres cometían contra Dios. Por eso, sufría Ana auténticas agonías físicas y mentales cuando se entregaba a la plegaria por la conversión de algún pecador endurecido. Y a su casa llegaban a consultarle personas de todas las clases sociales: cardenales, damas de sociedad, sacerdotes, obreros y gente de las más diversas profesiones. A unos anunció lo que les iba a suceder y a otros lo que ya les había sucedido; a todos daba admirables consejos, ella que era prácticamente analfabeta. Con frecuencia leía los pensamientos y adivinaba los motivos entre las gentes que la visitaban y, en consecuencia, podía ayudarlas de una manera excepcional.

<sup>36</sup> Testimonio reconstruido por mí de varias citas parciales en diferentes textos citados al final de este capítulo. La mencionada nuera también testificó en el mismo proceso respecto a la destacada virtud de Ana María.

de su mal humorada madre y su padre (leproso en sus últimos años), vivieron con ellos durante algunos años su hijo Camilo y esposa, y una hija viuda, Sofía, con sus 6 hijos...

Pero la caridad, prudencia y generosidad de Ana María que menciona su esposo respecto al hogar no terminaban allí; supo extenderla a muchos ambientes necesitadas de la sociedad romana de su tiempo. Los trabajos de costuras con que, muchas veces, complementó el escaso salario de su marido, en otras ocasiones le permitió socorrer a los más pobres que ella, porque siempre fue extraordinariamente generosa y enseñó a sus hijos a serlo. Todo el dinero que podía reservar lo dedicaba a los pobres y miserables, y no siendo rica era en cambio muy caritativa. De los hospitales que visitaba regularmente, su preferido era el de San Giacomo de los Incurables. A pesar de su amor por los pobres, nunca descuidó a su familia.

Para llevarla a la santidad, Dios le permitió muy fuertes sufrimientos, que ella ofrecía siempre por la conversión de los pecadores. Por meses y años tuvo que sufrir una gran sequedad espiritual y angustias interiores. Antes de morir padeció varios meses de dolorosa agonía. Y a pesar de todo su eterna sonrisa no desaparecía de sus labios. Sufrió la pena de ver morir a 4 de sus siete hijos. Además tuvo que sufrir por las calumnias y murmuraciones de la gente. Murió el 9 de junio de 1837 a la edad de 68 años. Fue beatificada en 1920 como esposa y madre ejemplar; su fiesta es el 9 de junio.

### **7) Ven. Luis Martín y Ven. Celia Guerin, padres de Sta Teresita del Niño Jesús**

Luis y Celia era dos jóvenes de recia formación cristiana que habían querido entrar en la vida religiosa, pero no resultó para ninguno de los dos. Por el año 1858 Luis, de 34 años, se dedicaba al oficio de relojero/joyero, en el cual tuvo no poco éxito, llevando a cabo sus negocios con rectitud insobornable; Celia, a sus 26 años, dirigía una industria doméstica de bordados conocidos como "puntos de Alençon". Ambos vivían holgada y muy cristianamente. Tuvieron un primer encuentro fortuito, en el cual Celia sintió una voz que le decía interiormente "Este es el hombre predestinado para tí" (a ese entonces no lo conocía). Después de un muy breve enamoramiento (3 meses) se casaron el 13 julio 1858. Inicialmente acordaron permanecer como "hermano y hermana": Luis tenía toda una justificación teológica para apoyar su pedido, que Celia aceptaba aunque había querido ser madre de muchos hijos. El mismo día de sus bodas visitaron a la hermana de Celia, religiosa en el monasterio de la Visitación, y Celia le confió que hubiera sido más feliz como religiosa, y lloraba amargamente la vida que le tocó.

¿Piensas, Paulina mía, --confiaba años más tarde a su hija de más confianza-- tú que tanto amas a tu padre, que le revelé mi aflicción y llegué a entristecerle el día de nuestro desposorio? Pues no; él me comprendía y me consolaba cuanto podía, porque tenía aspiraciones semejantes a las mías; aun creo que nuestro recíproco sentimiento se aumentó por esto, nuestros afectos vibraban siempre al unísono y se portó siempre conmigo como un consolador y un apoyo.<sup>37</sup>

Fue sólo la oportuna (y enérgica) intervención de un confesor 10 meses más tarde que los hizo desistir de ese plan y aceptar ser padres de familia, expresando de otro modo su amor y dedicación al Señor, apuntando a la formación de un familia bien católica. ¿Podemos considerar este corto período que inició un matrimonio muy fecundo (9 hijos) y santo (no sólo en los hijos, sino también en los padres) como un "noviciado", como graciosamente sugiere el biógrafo de la familia, E.-J. Piat? Me parece que sí. De todas maneras, la señora de Martín reveló en la misma carta antes citada, meses antes de morir:

---

<sup>37</sup> Carta de la Sra. Celia Guerin de Martín a su hija Paulina, 4 marzo 1877; citada en E.-J. Piat, *Historia de una familia*, Burgos, Monte Carmelo, 1950 (orig. francés, 1949), p. 68.

Al tener hijos, nuestras ideas cambiaron algún tanto; no vivíamos sino para ellos, en lo cual cifrábamos nuestra dicha, y en ninguna parte, fuera de ellos, la hemos encontrado. En fin, nada nos costaba ya; el mundo en nada ya nos preocupaba. Tal era mi gran compensación; yo también deseé tener muchos hijos para educarlos para el cielo.

Y en otra carta a su hermano, fechada 10 años antes de esta última, dice

Algunas veces me da pena el no haber sido como [*mi hermana religiosa*], pero enseguida me digo: "¡Yo no tendría cuatro hijas, mi encantador Joselito...! No, vale más que yo pene aquí donde estoy y que ellos estén allá... Con tal que suba al Paraíso con mi querido Luis y que allí les vea a todos más bienaventurados que yo, me sentiré muy dichosa; no pido más..."<sup>38</sup>

La vida familiar de Luis y Celia Martín, definitivamente, no era ningún "jardín de rosas". Si bien en 1863 Celia podía escribir: "Cada día me siento más dichosa con él; me hace la vida muy grata. Mi esposo es un santo,"<sup>39</sup> entre los años 1865-1870 sufrieron 6 muertes en la familia: los papás de Luis y de Celia<sup>40</sup>, los dos únicos hijos varones en infancia (en quienes habían puesto sus esperanzas de tener un sacerdote en la familia), y luego una, después otra, de sus hijas.<sup>41</sup> Todas estas tristezas sobrellevaron con espíritu de fe y abandono a los planes de Dios, como consta en las cartas de la Sra. Celia.<sup>42</sup> Cuando estaba por concebir a la que sería un día Sta Teresita del Niño Jesús, doctora de la Iglesia, Celia ya tenía 41 años, y las amistades aconsejaban no arriesgar tener otros hijos, porque su propia salud estaba muy minada. Pero esta pareja había aprendido tiempo atrás que la Providencia de Dios, si da más trabajo, da también las fuerzas para cumplir cabalmente lo que Dios pide de uno.

Cuando medito (...) que en ese Dios he depositado toda mi confianza y he puesto en sus manos el cuidado de todos mis asuntos, tanto míos como de mi marido, no puedo dudar de que su divina Providencia mira con especial cuidado a sus hijos.<sup>43</sup>

Si la familia Martín confiaba en la Divina Providencia, no fue porque no sabían ganarse la vida a fuerza de sacrificios con el trabajo cotidiano: Luis era muy trabajador y buen negociante (también escrupuloso observador del descanso dominical); Celia destacaba en su capacidad y habilidad en el trabajo, pero también por las virtudes de compasión y solidaridad para con las obreras que trabajaban en su taller (solía visitar a las enfermas en sus casas los domingos) y las chicas que trabajaban en su hogar, (haciendo el trabajo que les tocaba cuando se enfermaban, tratándolas de "hermana", velando por su formación moral...). Y de lo mucho o poco que tenían, los dos estaban siempre prestos a compartir: "A la par de mi padre, ella tenía gran caridad con los

---

<sup>38</sup> Carta de Celia a su hermano, 23 dic. 1866, citada en E.J. Piat, *op.cit.*, 155.

<sup>39</sup> Carta de Celia a su hermano, 1 enero 1863, citada en E.J. Piat, *op.cit.*, 228.

<sup>40</sup> Celia había escrito a su hermano cuando se vio la necesidad de cuidar a su papá en casa: "Persuádele [a papá] que se deje de tomar criada y venga a vivir con nosotros... Mi marido acepta esta combinación. No se encontrará uno entre ciento que sea tan bueno como él para con su suegro... es forzoso, pues, que viva con nosotros hasta el fin de sus días" Carta del 23 dic. 1866. citada en E.J. Piat, *op.cit.*, 113-114.

<sup>41</sup> Ante la muerte repentina de su hija Elena a los 5 años y media de edad, escribe: "El caso me hizo una impresión que jamás olvidaré; por mi parte no esperaba este desenlace brusco; ni tampoco mi marido. Cuando entró y vió muerta a su pobrecita hija se echó a llorar, suspirando: '¡Elenita mía! ¡Elenita mía!'. A continuación los dos juntos la ofrecimos a nuestro bondadoso Dios... Antes de enterrarla, pasé la noche junto a ella; estaba más bella muerta que viva. Fui yo quien la amortajé y recliné en la caja; creí entonces que me moría..." (Carta a su hermano y cuñada, 24 feb 1870. citada en E.J. Piat, *op.cit.*, 125.

<sup>42</sup> En las más de 200 cartas existentes de la Sra. Celia Guerin de Martín a sus familiares tenemos una de las fuentes principales y más preciosas de la vida y espiritualidad conyugal de esta santa pareja (en proceso de beatificación); además del libro mencionado en notas anteriores, que cita extensamente estas cartas en una admirable reseña de su vida familiar, las cartas se encuentran en: Celia Guerin, Madre de Sta Teresita, *Cartas a mi Familia*, (Burgos, Monte Carmelo, 2000).

<sup>43</sup> Carta de la Sra. Celia a su hermano, 1 enero 1863, citado en E.J. Piat, *op.cit.*, 85.

pobres, cualesquiera que fuesen sus miserias, y esto sin dolerle nunca, ni poner límites a su generosidad. Con frecuencia vi en casa mendigos a quienes ella daba albergue y regalaba ropas."<sup>44</sup>

Los dos esposos asistían a misa diariamente, y reunían a la familia para las oraciones diarias alrededor de una imagen de la Virgen. Pero la herencia espiritual que dejaban a sus 5 hijas que vivieron hasta la edad adulta era mucho más que sólo oraciones y devociones: era una visión integral de la vida cristiana que ponía todo en perspectiva de la absoluta superioridad de la gracia de Dios y la vida eterna: "Mi padre y mi madre profesaban una fe honda y, al oírles hablar a ambos de la eternidad, sentíamos todos, con ser tan jóvenes, inspiradas a considerar las cosas del mundo como pura vanidad."<sup>45</sup>

Al escribir a su hermano dos meses después que éste se casó con una mujer muy buena y cristiana, para calmar sus protestaciones que ya no podían tener la misma confianza que cuando era soltero, Celia revela su concepto de las amistades en el contexto del matrimonio:

El matrimonio no debe distanciar los corazones y estoy convencida de que tu cariño para conmigo continúa siendo el mismo.

En cuanto al mío, se ha duplicado; siempre te amo de todo corazón. Y a mi cuñada, tanto como a ti. No sabes bien cuánta ventura experimento al ver que has hecho tan acertada elección. (...) Dios pródigo te ha protegido continuamente de una manera visible.<sup>46</sup>

Termino esta breve reseña de estos dos esposos extraordinarios con unas de las pocas cartas intercambiadas entre ellas (pues parece que muy poco se separaban):

Querida Amiga:

No podré llegar a Alençon hasta el lunes; el tiempo me parece largo; se me hace tarde el estar junto a ti.

Inútil es decirte que tu carta me ha complacido mucho, a no ser el saber por ella que te fatigas demasiado. También yo te recomiendo la calma y la moderación; sobre todo en el trabajo. Tengo algunos pedidos... una vez más no te atormentes tanto; llegaremos, con la ayuda de Dios, a establecer una buena casita.

He tenido la dicha de comulgar en Nuestra Señora de las Victorias, que es como un reducido Paraíso terrestre. Asimismo, he mandado encender un cirio a intención de toda la familia.

Os abrazo de todo corazón, esperando la suerte de veros reunidos. Yo espero que María y Paulina serán muy buenas.

Tu marido y verdadero amigo que te quiere siempre.

Luis Martin<sup>47</sup>

Mi querido Luis

Hemos llegado, ayer por la tarde, a las cuatro y media; mi hermano nos esperaba en la estación y está encantado de vernos. Lo mismo él que su mujer hacen cuanto pueden por procurarnos distracciones. [*Cuenta a continuación todo lo que han hecho para divertir y entretener a las hijas*]

A mi en cambio, se me hace dura esta tregua. Nada de todo esto me interesa; estoy exactamente igual que los peces que tú sacas fuera del agua: no viven en su elemento, es fuerza que se mueran.

Tal me sobrevendrá, si me estancia se prolongase mucho. No me encuentro a gusto, no estoy en mi puesto, lo cual influye en mi físico y casi me siento enferma. Sin embargo, yo raciocinio y trato de sobreponerme; estoy contigo en espíritu durante todo el día: me digo: "en este momento estará haciendo tal cosa".

Se me hace tarde el estar cerca de tí, mi querido Luis; te quiero con todo mi corazón y siento que se duplica mi amor por la privación que experimento de tu presencia; me sería imposible vivir alejada de tí.

---

<sup>44</sup> escribe su hija Celina, citada en E.J. Piat, *op.cit.*, 125.

<sup>45</sup> Declaración de María en el proceso de beatificación, citado en E.J. Piat, *op.cit.*, 189.

<sup>46</sup> Carta de la Sra. Celia Guerin de Martin a su hermano Isidoro, 18 nov. 1866, citado en E.-J. Piat, *op.cit.*, 94.

<sup>47</sup> Carta de Luis a Celia, 8 oct de 1863 (5 años de casados), citado en E.J. Piat, *op.cit.*, 230.

[*Le cuenta otras noticias.*] Trataré de escribirte mañana, si es posible. [...] Volveremos el miércoles, por la tarde, a las siete y media. ¡Qué largo me parece el plazo! Te abrazo como te amo. Las niñas me encomiendan que te diga que están muy contentas de haber venido a Lisieux y te envían un fuerte abrazo.

Celia Martín<sup>48</sup>

Medio año antes de morir, Celia escribe a su esposo desde Lisieux, donde había ido a consultar un famoso cirujano sobre el tumor que se había reactivado:

El doctor encuentra muy reprehensible que en un principio no se hiciera la operación; pero, al presente es demasiado tarde. Sin embargo, me ha dado a entender que con esto puedo vivir mucho tiempo. Por ende, pongámonos en las manos de Dios. El sabe mejor lo que nos conviene: es "Él quien hace la llaga y quien la cura." (...)

Me alegro mucho de volver a veros: ¡cuán largo se me hace el tiempo! ¡Cuánto me hubiera complacido regresar hoy! Yo no estoy a gusto sino contigo, mi querido Luis.<sup>49</sup>

Ocho semanas antes de morir ella, vino su hermano, médico-farmacéutico de Lisieux, que diagnosticó que le quedaba un mes de vida, y recomendó que ponga en orden sus asuntos, si bien reconoció que sólo Dios determina el futuro, y que él era capaz, si así fuera su voluntad, de curarla. A esta noticia respondió: "¿Qué será de ese pobre Luis con sus cinco hijas? En fin, les abandono a todos a la Providencia bondadosa de Dios.<sup>50</sup> Y efectivamente la Providencia proveyó una segunda madre en la señora Fournet de Guerin (cuñada de Celia), cuando Luis, ya viudo, mudó su familia a esa ciudad, hecha famosa años más tarde por su "reina", Teresita.

## **8) Bta. Rafaela Ybarra (23 febrero) y José Vilallongo, pareja con corazón muy grande**

José Vilallonga (1822 - 1898), ingeniero catalán de familia empresarial. después de realizar estudios técnicos y viajar por Europa para conocer los últimos adelantos en la siderurgia, con 21 años había llegado por primera vez a Bilbao para tratar con la destacada y acaudalada familia Ybarra asuntos de minerales. A partir de entonces se convirtió en un destacado protagonista de todos los negocios siderúrgicos de los bilbainos hasta el año de su muerte.<sup>51</sup> El mismo año que José llegó a Bilbao, nació en la misma ciudad la hija mayor de Gabriel Ybarra, a quien pusieron el nombre de Rafaela. Nació ella en el punto medio de 6 generaciones de una familia dueña de gran parte del mercado metalúrgico de Bilbao. Educada en el ámbito de esa familia adinerada, su infancia y adolescencia transcurrieron felizmente, siendo ella de carácter dulce y afable, de inteligencia viva y despierta. Y a pesar de los 21 años que los separaron, Rafaela y José contrajeron matrimonio en 1861 y establecieron su residencia en Bilbao. Tendrían 37 años de muy feliz matrimonio.

José era generoso, y sintonizaba perfectamente con su esposa. En los primeros años de su matrimonio Rafaela llevó una vida como la de cualquier mujer de su posición social, armonizando todas las obligaciones propias de sus "status" con el cuidado y la atención a su familia. Unida a esta experiencia, cultivó el trato con Dios a través de la oración y el amor al prójimo en la caridad para con todos.

---

<sup>48</sup> Carta de Celia a Luis, 31 agosto 1873 (15 años casados), citado en E.J. Piat, *op.cit.*, 228-229.

<sup>49</sup> Carta de Celia a Luis, 24 dic 1876 (19 años casados), citado en E.J. Piat, *op.cit.*, 293.

<sup>50</sup> citado en E.J. Piat, *op.cit.*, 315.

<sup>51</sup> Para más datos sobre el aspecto empresarial de ambas familias ver: *Los Ybarra contra el "Síndrome de Buddenbrooks". El éxito de seis generaciones de Empresarios (1801-2000)*. Pablo Díaz Morlán, Universidad de Alicante. Disponible en formato pdf en: [www.unizar.es/eueez/cahe/diazmorlan.pdf](http://www.unizar.es/eueez/cahe/diazmorlan.pdf)

Tuvieron inicialmente siete hijos, de los cuales 2 murieron en infancia, pero a la muerte de su hermana Rosario, Rafaela se hizo cargo además de sus cinco sobrinos, a los que amó y educó como a sus propios hijos. Se refería a los unos y a los otros como “mis hijos” y los “hijos de mi corazón”. Finalmente le nació el “undécimo hijo” que quedó paralizado, y necesitaba de cuidados diarios toda la vida. Rafaela fue también ejemplar en su dedicación y entrega hacia sus padres; los cuidó amorosamente hasta el fin de sus días.

Pero pronto advirtió, en medio de las ocupaciones de una familia numerosa y el cuidado de enfermos, niños y viejos, que las masas inmigrantes de los cinturones proletarios de Bilbao vivían en la peor miseria, la tuberculosis endémica y el desastre humano más completo.

Rafaela se rebeló contra las injusticias, los abusos y los vicios generados por el dinero, dedicándose al rescate de la dignidad humana de los explotados y oprimidos. Entre sus preferencias caritativas destacan, sin duda alguna, las niñas y las jóvenes. Queriendo dar consistencia y un futuro a las diversas obras de caridad en que se ocupaba, --siendo todavía mujer casada y madre de muchos hijos--, fundó en 1884 con tres colaboradores la congregación de las “Religiosas los Angeles Custodios” para atender a los niños y mujeres más abandonados en clínicas, talleres, escuelas y residencias.<sup>52</sup> En 1894 empezó la obra de acogida de niños pobres en un “piso” (residencias en departamentos)... En todo esto felizmente gozó del apoyo total de su esposo, quien fue su mejor confidente.

José murió en 1898, y su esposa solo dos años más tarde, después de padecer una gran enfermedad. Rafaela murió el 23 de febrero de 1900, seglar y empobrecida, porque la miseria de Bilbao era más grande que su gran fortuna, si bien más pequeña que su inmenso amor. La santidad de su vida ha sido reconocida por la Iglesia cuando el Papa Juan Pablo II la proclamó Beata el 30 de setiembre de 1984.

## **10) Siervo de Dios Takashi Nagai y Midori Moriyama, víctimas y héroes de la era atómica.**

De familia shintoísta, el japonés Takashi Nagai <sup>53</sup> (1908 - 1951) conoció el catolicismo a través de la familia Moriyama que le dio hospedaje durante sus estudios de medicina en Nagasaki y sus primeros años de servicio médico. La familia Moriyama era una de las principales familias del antiguo estirpe de católicos de Nagasaki quienes desde el siglo XVII mantuvieron la fe clandestinamente en medio de feroces persecuciones. El joven médico racionalista, motivado por su propia búsqueda del sentido de la vida y por el impresionante testimonio callado de esa familia católica, se acercaba poco a poco a la extraña religión.

En diciembre 1932, un día después de haber asistido por primera vez a la misa católica (la de nochebuena) a invitación de la familia Moriyama, el doctor Takashi contribuyó a la familia algo que nunca podrían retribuirle. La señorita Midori ( - 1945), hija única de esa familia, que estaba en casa para vacaciones del invierno, experimentó fuertes dolores abdominales a la medianoche. Pensaban que era cuestión de gusanos intestinales, pero ya que la medicina utilizada para este problema no surtió efecto, despertaron al doctor que residía en su casa para que la examinase. Si no hubiera sido por su acertado diagnóstico de apendicitis aguda y su rápida intervención (cargándola personalmente al hospital en medio de una tormenta de nieve para que sea operada de

---

<sup>52</sup> Curiosamente, a diferencia de otras muchas señoras fundadoras, no entró nunca en la congregación que fundó, ni siquiera de viuda, si bien colaboró constantemente con dichas religiosas.

<sup>53</sup> He utilizado como bibliografía para esta reseña sobre todo el hermoso libro de Paul Glynn *A Song for Nagasaki* Marist Fathers, Hunters Hill NSW, Australia, 1997. Este libro depende extensamente sobre los varios libros autobiográficos de Takashi Nagai.

emergencia), hubiera fallecido esa misma noche su hija. Desde que el joven estudiante de medicina había pedido alojamiento con su familia, Midori siempre había orado por su conversión, y con mayor razón después de haberle salvado la vida. Cuando el doctor fue a servir en la guerra de Japón con China (1933) y se encontraba en la frente de batalla, Midori envió a su amigo un paquete conteniendo, entre otras cosas útiles, unos libros de doctrina católica. Un año más tarde, cuando había vuelto a Nagasaki, Takashi decidió hacerse católico (junio 1934), a pesar de la enconada oposición de su padre.

Por esas fechas se notaba una gran atracción entre Midori y Takashi, tal que el sacerdote que bautizó a Takashi invitó a su padrino (primo de Midori) a cumplir la función del *nakodo* (intermediario para arreglar el matrimonio entre las dos partes), según la tradición japonesa. Cuando preguntaba aparte a los dos jóvenes sobre sus intenciones, Takashi expresó la única duda: que Midori debía entender que él estaba en riesgo de morir joven, porque el campo de su especialidad, radiología, todavía en sus años pioneros, se había mostrado peligroso para los que administraban los exámenes de rayos X. Consideró su trabajo una valiosa contribución a la ciencia médica y por eso no pensaba abandonarlo, pero quería que Midori asumiera con él ese riesgo si pensaba casarse con él. La joven respondió a la pregunta transmitida por el intermediario, haciendo eco de la respuesta de Rut a su suegra Noemi (Rut 1,16-17): “Será mi privilegio compartir su itinerario adondequiera que conduce, y aceptar cualquier cosa que pasa en el camino.” Dos meses después de su bautismo, Takashi se casó con Midori, quien gradualmente ganó la estima y aceptación de la renuente familia Nagai, gracias a su innata bondad, respeto y amabilidad hacia ellos.

Los años después de su matrimonio eran tiempos de crisis económica en Japón, y el modesto salario del doctor como asistente al jefe del sub-departamento de radiología no fue suficiente para sostener a la pareja y la madre de Midori que quedó viuda. Entonces Midori mostró su temple dando clases en las tradicionales artes de Japón (arreglo de flores, bordados...), haciendo ropas para su esposo, y cultivando hortalizas para la mesa familiar y para compartir con los pobres. Takashi la dejó toda la administración de la casa, y ella le apoyó en su entrega apasionada a la investigación médica en el campo de la radiología: quería leer cada artículo que su esposo publicaba, aun cuando sus conocimientos no permitía comprender bien toda la investigación.

En dos ocasiones el mismo doctor Takashi llegó al borde de la muerte: una vez por una aguda reacción alérgica a una inyección que se había dado cuando asistió a una intervención quirúrgica a pesar de no sentirse bien (contra las advertencias de Midori); la otra vez cuando había salido de noche durante una tormenta de nieve para atender a un paciente asmático que se estaba ahogando por falta de aire. En el camino de regreso a la casa, se había desplomado en un ataque de asma él mismo. En esa segunda ocasión fue Midori que lo encontró en un hueco de nieve en estado grave, y ella lo inyectó para aliviar la asfixia del asma ¡y después lo cargó a la casa! Era una oportunidad providencial de devolver a su esposo el favor de aquel otro viaje nocturno en la nieve en el que él la había cargado y salvado la vida.

En junio de 1945, en plena segunda guerra mundial, cuando los Estados Unidos estaba preparando su ofensiva final, Takashi Nagai empezó a notar múltiples síntomas preocupantes que sugería alguna enfermedad crónica. Se hizo examinar por los rayos X, y los resultados eran devastadores: una contundente diagnosis de leucemia avanzada, con 2-3 años de vida que le quedaban. Trató de tomar la noticia con calma en presencia de sus colegas, pero cuando estaba a solas en su oficina, tembló y tambaleó en su fe: ¿Señor, tú sabes cuán débil soy; no sé si lo podré aguantar. ¿Por qué tan temprano, Señor? ¿Qué será de mi esposa e hijos? Y el trabajo que dejaré inconcluso...<sup>54</sup> Pero antes de salir de su oficina miró la máquina de rayos X: esa máquina había

---

<sup>54</sup> Así describió su estado mental y la oración que le nació en aquellos momentos dramáticos, el mismo doctor Takashi, años más tarde en su libro *Horobinu Mono Wo*, como toda la secuencia de eventos ese día inolvidable que resumimos a continuación.

hecho posible su tesis doctoral, había ayudado a miles de pacientes a descubrir a tiempo y tratarse de la TBC, y ahora se dio cuenta que esta misma máquina le había proporcionado niveles letales de rayos gamma que le habían producido leucemia. Pero curiosamente sintió paz mirando la máquina ya desgastada por años de uso continuo, sabiendo que su vida también había sido dado en servicio de los demás.

Luego, le tocó la parte más difícil: informar a su esposa de la terrible noticia. Después de los ritos de acogida que se daban entre sí todos los días al llegar a la casa, Takashi contó a Midori todo lo que había ocurrido ese día en el laboratorio. Ella escuchó en silencio, atenta, y luego, sin decir palabra, se levantó y fue a encender las velas en el altar de su hogar, y se arrodilló con cabeza inclinada ante el crucifijo que su familia había guardado durante 250 años de persecución. Él se levantó y la acompañó, arrodillado a su lado. Después de unos minutos se dio cuenta de que ella estaba ahogando sollozos en un silencioso llorar. Ella quedó allí en oración hasta que pasó la tormenta interior. Mientras tanto él sintió remordimiento por haberse descuidado, dedicándose tanto a su trabajo de investigación que podía llegar a ese extremo, tomando por sentado el amor y dedicación de su esposa. Pero ella, cuando movió la cabeza para mirarlo y le habló, no le incriminó, sino que habló con compostura y paz: “Nos dijimos los dos antes de casarnos, y de nuevo antes de que fuiste la segunda vez a la guerra en China que si nuestras vidas se gastan en el servicio de la gloria de Dios, entonces la vida y la muerte son bellas. Tú has dado todo lo que tenías para este trabajo que estaba importantísimo: fue para su gloria.” Takashi se sobrecogió: ¡esta mujer nunca le había fallado! Luchaba contra las lágrimas, no para sí, sino de gratitud por Midori. Sintió que estaba en la presencia de la santidad. Le pareció en ese momento que ella representaba y sintetizaba toda la valentía y fe de los cristianos perseguidos de Urakami (la estirpe de su familia), que mantuvieron la fe en medio de las peores pruebas.

Había caminado a su casa aquella noche deprimido, un hombre sin esperanza, pero el día siguiente --lo dice él mismo en uno de sus libros-- volvió al departamento de radiología “un hombre nuevo. Su aceptación total de la tragedia, su rechazo de cualquier insinuación de culpa, me había *liberado*.” Una vez más, como en aquella noche cuando, poniéndole la inyección a luz de lámpara, había liberado su pecho de una imensa presión, ahora también: sus 13 años de radiología, su tiempo de servicio médico en la frente en China, y los años de austeridades en medio de los ataques aéreos, todo pareció... ¡bello! Midori le había dicho esa noche que tal vez uno de sus hijos continuaría su trabajo e investigación de radiología, y ¡él quería inclinarse al suelo ante ella por esa respuesta! Le convenció que ella no abrigaba ni una pizca de resentimiento. Casi podría abrazar la máquina de rayos X, y experimentó una gran paz y una nueva vitalidad para cualquier trabajo que le quedaba. Le ocurrió que ésta debía ser la alegría que viene del abandono a la voluntad de Dios, como había leído en Pascal.

El mes siguiente (julio 1945), en unos apuntes en su diario, reconoció que la posibilidad de una lenta y dolorosa enfermedad le atemorizaba, y concluyó: “pero Midori estará a mi lado. Ella estará allí orando, y me apretará el crucifijo al frente. Moriré en sus brazos. Ella me cerrará los ojos y me llevará a la tumba. ¡Qué generosa y desinteresada! Tú transformarás el momento de mi muerte. Gracias, Midori!” Pero en los planes de Dios, no había de ser como él se lo imaginaba.

En agosto, panfletos llovidos sobre Nagasaki por los norteamericanos amenzaron que la ciudad llena de flores en abril, en agosto quedaría incendiada, y el 6 de agosto llegaron noticias de una horrible bomba que había devastado Hiroshima. Ese mismo día Takashi y Midori tomaron la decisión de enviar a sus dos hijos a vivir con sus abuelos, al otro lado de la montaña (cosa que ya habían pensado antes, pero de la cual habían desistido ante la negativa de sus hijos; ahora la pareja impuso su decisión a los hijos). El día 7 de agosto, Midori y su madre acompañaba a los hijos a una casa de campaña al otro lado de la montaña en una apacible quebrada. El día 8, cuando Midori había regresado a la ciudad, al sonar los sirenas de un ataque aéreo, acompañaba a su esposo ya inseguro al caminar por tener las piernas hinchadas y los órganos afectados, poniendo el brazo de



su esposo sobre su hombro, y abrazando su cintura con su propio brazo. Llegaron al refugio contra ataques aéreos, y rompieron a reírse los dos. Se sentaron en el refugio [escribe él] como dos amantes en un paseo. Se olvidaron de la guerra y hablaron de la fiesta venidera de la Asunción, un gran día (fiesta patronal) para los cristianos de Nagasaki. Hablaron de sus planes para confesarse los dos en preparación para la solemnidad. Una vez que sonó el sirena de “no hay peligro”, volvieron a su casa, y se admiró Takashi que el ánimo de su esposa era positivamente de alegría. Desayunó con él, riéndose de las ocurrencias y travesuras de sus hijos y lo difícil que le tocaría a la abuela cuidarlos a los dos. Midori quería acompañarle a la Universidad, pero él dijo que no, que ya estaba bien. Se despidieron en la puerta, pero no había caminado mucho cuando se dio cuenta que había olvidado su lonchera. Volvió a la casa, pero se asustó al descubrir a su esposa echada en una estera en el suelo, temblando y llorando incontrolablemente. ¿Será que ella ponía cara fuerte a los problemas para fortalecer a su esposo, pero en sus momentos de soledad, también se sentía miedo, o fue que presentía algo en particular de lo que el mañana les traería?

De todas maneras, esa noche le tocó a Takashi hacer guardia de ataques aéreos, en que los médicos también tomaban su turno. Rechazó la sugerencia de saltar su nombre en la lista: “Mira como los internos han estado en los ataques aéreos, y algunos de ellos han perdido la vida en ellos. No, ellos no han pedido ser exonerados, ni lo haré yo.” Así que no volvió a ver su esposa después del desayuno del día anterior. A las 11:03 AM del día 9 de agosto, día soleado y despejado sobre Nagasaki, un avión de guerra norteamericano dejó caer una bomba atómica de 4.5 toneladas sobre la ciudad, matando por lo menos unos 70,000 de sus 200,00 habitantes. Semejante desastre y holocausto instantáneo la humanidad nunca había visto –excepto en Hiroshima 3 días antes– y buena parte de la ciudad, centro histórico del catolicismo japonés, quedó reducida a cenizas. Ventarrones huracanados e incendios que se desataron en los minutos y horas después de la explosión acabaron con la mayor parte de lo que quedaba de pie –y de lo tumbado– en la ciudad. Los seres humanos que sobrevivieron el impacto inicial (pues muchos quedaron carbonizados en el instante) iban muriendo horriblemente como monstruos quemados y destruidos internamente por las extremas dosis de irradiación recibidas: algunos horas después, otros, a los dos días, otros a la semana, y otros sobrevivieron meses hasta morir de la temible “enfermedad atómica” que nadie entendía bien a ese entonces. Los dos niños de Takashi y Midori estaban a salvo con su abuela materna. Takashi estaba trabajando en su oficina en la universidad cuando en cuestión de segundos había un flash poderoso de luz, una ráfaga de viento huracanado que destrozaba el edificio y lo lanzaba tres metros contra el muro, finalmente enterrándolo debajo del desmonte producido por la explosión. En seguida escuchó el crujir de un incendio, y a la vez todo se oscureció como en una noche sin estrellas. Empezó a escuchar los lamentos y gritos de las víctimas, y logró desenterrarse de debajo del desmonte y reubicar parte del personal del hospital universitario en la oscuridad, más por sonidos que por la vista. Como experimentado personal médico que eran, el equipo de médicos y enfermeras sobrevivientes empezaron a atender como podían a las decenas, y luego centenares de víctimas que se arrastraban al devastado hospital esperando ayuda. Eran patéticos los insumos intactos después de la explosión, así que ayudaban a los enfermos más por su ternura y consejos que por lo que podían hacer por ellos. Seguían trabajando sin parar durante esa “noche atómica” y la noche natural que la seguía, contra toda esperanza. El doctor Takashi organizaba equipos de trabajo y les daba instrucciones, siendo uno de los médicos de mayor rango entre los sobrevivientes, y respetado por todos por su calma y competencia en situaciones de emergencia como esta. Los socorristas no hacían caso de sus propias heridas y agotamiento hasta desplomar; Takashi no era la excepción: él tenía una profunda corte en la sien derecha que surtía sangre como de una fuente; lograron estañar la hemorragia en parte con una venda aplicada por las enfermeras, pero ya había perdido mucha sangre y pronto la venda estaba empapada con sangre. Sin embargo, seguía dirigiendo las operaciones de rescate. De tiempo en tiempo dirigía furtivas miradas a la zona de Urakami donde su casa, y deseaba tener noticias de Midori, esperando verla en cualquier

momento entre los refugiados que llegaban al hospital, pero nunca apareció. Tenía ganas de ir en su búsqueda, pero sabía bien que su presencia, dirección y calma valentía eran cruciales para que el equipo médico del hospital no perdiera todo sentido de su deber y desespere, dejando a los víctimas de la bomba sin ayuda alguna, --aunque sea para morir con un poco de dignidad. Esperaba, pero 5 horas después de la explosión el barrio de Urakami quedaba como un humeante campo de cenizas, con solo las ruinas de la catedral visible. En ese momento la certeza de su muerte le llegaba como un golpe al corazón. Su cuerpo y mente, debilitados por la leucemia y la pérdida de sangre ya estaban extenuados más allá de todo aguante, y sus piernas cedían bajo el peso de su cuerpo. Al desplomarse, una colega lo oyó murmurar a sí mismo: “Habría venido ya; ¡está muera! ¡Está muerta! ¡Midori!” Con una mano aplastó un puñado de tierra, y luego desmayó.

Takashi despertó en una improvisada mesa de operaciones, mientras otro doctor le operaba para impedir la pérdida de más sangre por la vena cortada en su sien derecha.

Dos días después, cuando el ejército japonés llegó para tomar responsabilidad de los esfuerzos de rescate y organización de los refugiados, moribundos y muertos, Takashi se sintió libre de ir en búsqueda de Midori. Logró con dificultad ubicar lo que había sido su casa en una inmensa area de ceniza blanca y fragmentos de tejas de techo. Vio un objeto negro, y luego se dio cuenta que era los restos carbonizadas de su querida esposa. Poco quedaba más que los restos de su cráneo, columna vertebral y pelvis. Cuando se agachó, llorando, para recoger sus restos y darle un digno entierro, vio algo con un débil reflejo entre los huesos pulverizados de su mano derecha: aunque fundido en una masa confusa, ¡se podía identificar claramente por el crucifijo y cadena como el rosario que tantas veces había visto orar, enhebrando las cuentas por sus dedos! Takashi inclinó la cabeza y lloró: “Querido Dios, ¡gracias por permitirle morir orando! Madre de los dolores, ¡gracias por estar con la fiel Midori en la hora de su muerte! O bondadoso Jesús, nuestro salvador: tu sudaste sangre y cargaste la cruz pesada hasta el lugar de tu crucifixión, y ahora has derramado una luz apacible sobre el misterio del sufrimiento y muerte: la de Midori y la mía también.”

Llevó sus restos hacia el cementerio donde tenían comprado una parcela de tierra, pero en un momento en el camino fue sobrecogido al contemplar el trágico contenido de su balde, e irrumpio en oración de acción de gracias a Midori por toda su fidelidad y amor desinteresada, y le pidió perdón por haber sido egoísta y no haber pensado en ella. Unos pasos más allá cuando tropezaba y los huesos sonaba al fondo del balde, le parecía oír la voz de Midori que le decía: “no, perdóname tú a mí”, como siempre solía hacer, asumiendo ella la responsabilidad por cualquier dificultad que experimentaban. Después de enterrar sus restos en el cementario, volvió una vez más, distraído, al lugar de su casa, y empezó a hurgar entre las cenizas de la casa. Topó con otra masa de metal fundido, y se dio cuenta que eran sus preciados medallas de condecoración... Le hizo caer en la cuenta que ahora lo había perdido todo: casos, artículos, investigaciones, casa, amigos, colegas, y sobre todo, ¡su querida Midori! Rompió a llorar incontrolablemente, hasta que, agotado de los tres días de trabajo agotador, pérdida de sangre y doble sobredosis de irradiación, desplomó y cayó inconciente en el lugar de su casa. Volvió a la conciencia la madrugada siguiente, justo antes del alba, y abrió sus ojos ante una luz que le inundaba, que después de unos instantes reconoció como Venus, la ‘estrella de la mañana’. “Estrella de la mañana [María], ora por nosotros” dijo sin pensar dos veces. Luego, sintió una urgencia de orar a María, y levantándose a sus rodillas, oró deliberada-mente el rosario. Luego, se levanto de esa oración [dice él] refrescado en espíritu y listo para hacer cualquier cosa que Dios tenía planificado para él antes de ir al encuentro de Midori. Volvió a la universidad, a su trabajo y a la tarea de recoger y cuidar a sus hijos y suegra mientras Dios le daba vida y fuerzas, con una nueva convicción de estar haciendo la voluntad de Dios. Aunque había per-dido su Nuevo Testamento junto con todo el resto, un versículo volvió a su memoria en medio de la esterilidad de todo a su alrededor: “Cielo y tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.” Era para él una especie de mantra que ponía todo en perspectiva en los días,

semanas y meses venideros.

Apenas un mes después de la explosión atómica, el doctor Takashi experimentó en su propio cuerpo síntomas graves de la “enfermedad atómica” que él y sus colegas estaban investigando en el curso de sus servicios de rescate: fiebre de 40 grados durante una semana entera, todo el cuerpo hinchado, la piel alrededor de su herida pudrida dejando un hueco que empezaba a sangrar nuevamente. pulso y palpitations del corazón debilitados peligrosamente... Vino el sacerdote, e hizo una confesion general y recibió el Viático: estaba listo entonces para morir en paz. Cayo inconciente, y al recuperar la conciencia se dio cuenta por el tipo de respiraciones que tenía, que estaba en la proximidad de la muerte. Entraba y salía de un estado de coma; en algún momento escuchó la voz de su hijo y de su suegra a su lado. Luego, en coma, escuchó --él solo-- una voz que le decía “pide a Maximiliano Kolbe orar por ti”.<sup>55</sup> Extrañamente, contra todos los pronósticos médicos de sus compañeros y el suyo propio, el doctor Nagai recuperó el día 5 de octubre, cuando el persistente herida del sien se curó sola y dejó de sangrar. Se levantó para colaborar en la refundación de la Universidad, para animar a los residentes de Urakami a volver a poblar el “desierto atómico” que era su barrio, y a velar por la crianza y el futuro de sus dos hijos.

Increíblemente, le quedaba al doctor Nagai todavía seis (6) años de vida, si bien a partir de julio del año siguiente (1946) fue limitado permanentemente a cama. Empezó a escribir libros sobre sus propias experiencias, sobre la “enfermedad atómica”, sobre los efectos de la irradiación en plantas, animales y seres humanos, y sobre todo en contra de la guerra, especialmente la más perversa guerra atómica... en total, unos 12-13 libros.

Varios amigos ofrecieron encontrarle una nueva esposa entre las viudas de la guerra, para ayudarle a él y a sus hijos. Consideró seriamente la idea, pero decidió que no. Explicaba en uno de sus libros el por qué no: “Es una cosa terrible para un niño perder a su madre; mucho peor que perder a su padre. Mis dos hijos tienen hermosos recuerdos de Midori. Introducir en sus vidas a una madrastra sólo les confundiría más todavía.” Pero había también una razón más personal: Sus hijos se parecían mucho a la madre, sobre todo su hija. Cuando Kayano estaba a su lado, nunca podría olvidar a Midori ni pensar en elegir a otra esposa.

Finalmente, el primero de mayo de 1951 fue al encuentro de Midori después de apagarse su cuerpo, a la joven edad de 42 años. Midori le acompañaba espiritualmente en toda su larga enfermedad, y él la recordaba en detalle, compartiendo preciosos recuerdos de ella en varios de sus libros. Fue enterrado a su lado; Takashi escogió como epitafio en la tumba de su esposa “He aquí la sierva del Señor. Hágase en mí según su palabra.” y en la suya “Somo siervos inútiles. Sólo hemos hecho lo que teníamos que hacer.”<sup>56</sup>

## **10) BB. Luigi y María Beltrame Quattrochi, primer matrimonio beatificado *como esposos***

María Corsini nació en Florencia (Italia) el 24 de junio de 1881; su futuro esposo, Luigi Beltrame nació en Catania (también Italia) el 12 de enero de 1880. Los dos fueron criados en el seno de una familia católica y desde pequeños practicaron fervientemente su fe, asistiendo todos los domingos a Misa y participando de los sacramentos. Debido a este legado, decidieron criar a sus hijos en los principios y calores de la fe católica.

---

<sup>55</sup> El misionero franciscano Maximiliano Kolbe -el mismo que luego sería mártir de la caridad en un campo de concentración nazi- había fundada un monasterio y una gruta de Lourdes en Nagasaki 15 años antes. Takashi le había conocido personalmente, y una vez le había tomado una radiografía para controlar / despistar la tuberculosis. A a ese entonces ya había muerto mártir (agosto 1941), pero el doctor Nagai no tenía manera de saber esto. Pero atribuyó a la intercesión de Maximiliano Kolbe su recuperación milagrosa.

<sup>56</sup> Cf. Lc 1,38 y 7.10.

María era profesora y escritora, amante de la literatura, comprometida en varias asociaciones como la Acción Católica Femenina o los Scouts (con quienes trabajaba en los barrios pobres de Roma en la época pos-guerra), y apasionada por la música. Luigi fue un brillante abogado que culminó su carrera siendo vice-abogado general del Estado italiano; también participaría en diversas asociaciones católicas de índole social, apostólica y política.

Se conocieron en Roma cuando ella era todavía adolescente y él recién licenciado. Él descubrió en María a una joven alegre, valiente y decidida. Se casaron en la basílica Sta María la Mayor el 25 de noviembre de 1905, recibiendo así la gracia matrimonial que los llevó a santificarse, apoyándose el uno en el otro, y a acoger con alegría los hermosos frutos de su amor: cuatro hijos, a quienes cubrieron con todo tipo de afecto y educación.

La pareja Beltrame Quattrochi fue conocida por todos por su activa participación en diversas organizaciones católicas. Ambos participaron en el “Movimiento de Renacimiento Cristiano”, especialmente en el campo de la familia. Ella publicó numerosos libritos en este movimiento, incluyendo uno titulado “Radiografía del Matrimonio”. Luigi fue un respetado abogado, quien ocupó un cargo importante dentro de la política italiana. María trabajó como voluntaria asistiendo a los etíopes en dicho país durante la segunda guerra mundial.

De hecho, antes de casarse, Luigi no vivía su fe cristiana con especial fervor, aunque era un buen hombre, recto y honesto. Ella, en cambio, ya tenía una intensa experiencia de fe. A través de la vida matrimonial y con la decisiva ayuda de un director espiritual, también él se echó a correr y ambos alcanzaron una profunda vida interior. Empezó a ver, como ella, la vida como vocación, la familia como una iglesia doméstica, la profesión como una misión evangélica, y el diálogo con Dios como una exigencia cotidiana de su espíritu. Siendo una pareja normal, supieron convertir su trabajo en servicio habitual a los demás y volcaron todo su cariño en la vida familiar. Los dos esposos –explicó el Papa durante la homilía de la beatificación-- fueron cristianos convencidos, coherentes y fieles a su propio bautismo; fueron personas de esperanza, que supieron dar el justo significado de las realidades terrenas, con la mirada puesta en la eternidad. Una intensa correspondencia entre los dos esposos, que duró 46 años, nos permite conocer los sentimientos de ambos y el constante crecimiento de su relación en pureza, sinceridad y gracia, teniendo como base los valores espirituales. La relación afectiva entre esposos se convirtió cada vez más en comunión de espíritus, impulso generoso y alegre a través de un itinerario de fe realizado juntos, opción concorde de vida familiar, caracterizada por la sencillez, la penitencia y la caridad, con el firme propósito de apartar todo lo que dañaría la virtud.

Es el primer caso de dos esposos beatificados simultáneamente; el prefecto de la Congregación para la Causa de los Santos, el Cardenal José Saravia Martins, explicó que era imposible beatificarlos por separado, debido a que *no se podía separar su experiencia de santidad*, la cual fue vivida en pareja y tan íntimamente. “Su extraordinario testimonio no podía permanecer escondido.” El mismo prelado comenta que estos esposos “han hecho de su familia una verdadera iglesia doméstica abierta a la vida, a la oración, al testimonio del evangelio, al apostolado social, a la solidaridad hacia los pobres, a la amistad.

Su santidad el Papa Juan Pablo II, en su homilía en la misa de beatificación, afirmó que los esposos Beltrame, durante sus más de 50 años de matrimonio, supieron vivir una vida ordinaria de manera extraordinaria, reivindicando así la enseñanza del Concilio Vaticano II sobre la llamada de todos los fieles a la santidad, cada uno en su propio camino:

Entre las alegrías y preocupaciones de una familia normal supieron realizar una existencia extraordinariamente rica en espiritualidad. En el centro, la eucaristía diaria, a la que se añadía la devoción filial a la Virgen María, invocada con el Rosario recitado todas las noches, y la referencia a los sabios consejos espirituales... Vivieron a la luz del Evangelio y con gran intensidad humana el amor conyugal y el servicio a la vida. Asumieron con plena responsabilidad la tarea de colaborar con Dios en la procreación, dedicándose generosamente a los hijos para educarlos, guiarles, orientarles, en el descubrimiento de su designio de amor.

Sus hijos fueron: Filippo nacido en 1906 (ahora Mons. Tarcisio, de la diócesis de Roma), Stefania, nacida en 1908 (Madre Cecilia, benedictina) y fallecida en 1993, Cesare nacido en 1909 (el P. Paolino, monje benedictino), y Enrichetta, la menor, que nació en 1914 y la única de los hijos que escogió como sus padres la vocación matrimonial. María, además de cuidar de la educación y orientación de los hijos, atendía a los abuelos ya enfermos, y se dedicaba al apostolado de la pluma. Luigi desempeñó una serie de cargos propios de su profesión, siempre con gran sentido del deber, rectitud moral y competencia, sin dejarse atemorizar por los poderosos ni corromper por los ricos, sino muy atento y sensible ante los más necesitados.

En 1913 la joven familia atravesó un momento doloroso y bastante incierto cuando María esperaba a Enrichetta, la última de sus dos hijas. Hubo complicaciones en su embarazo y los médicos pronosticaban que no sobreviviría al parto, ni tampoco el no nacido. Las posibilidades de sobrevivencia de la madre eran de 5 por ciento, y aunque los doctores manifestaron que un aborto podría salvar la vida de María, ésta consultando con su esposo decidió confiar en la protección de Dios. Y, si bien es cierto el embarazo fue duro, tanto madre como hija milagrosamente sobrevivieron después de una delicadísima operación a los 8 meses. Esta experiencia llevó a toda la familia a consolidar su vida de fe y trabajar duro por sus anhelos de santidad.

Durante la primera guerra mundial María se multiplicó en obras de apostolado y caridad, animando las instituciones familiares, trabajando como catequista, y atendiendo a los enfermos y pobres durante nueve años en hospitales civiles y militares. A los 35 años (1919), gravemente enferma y sintiendo ya próxima la muerte, escribió a sus hijos y a su marido dos cartas, un testamento espiritual y una despedida, páginas místicas. Recobrada la salud, en 1920 entró en el Consejo central de la Acción Católica, y en el mismo año fue nombrada miembro del secretariado de estudio, lo que la llevó a escribir con regularidad en periódicos. En 1922, tres de sus hijos expresaron en el espacio de pocos meses, su deseo de consagrarse a Dios. En 1930, sus bodas de plata coincidieron con la ordenación sacerdotal de su hijo Filippo, que en su primera misa bendijo los anillos de sus padres.

El P. Tarcisio Beltrame, el hijo mayor de los esposos Luigi y María Corsini Beltrame Quattrochi, expresó en un testimonio personal que lo que caracterizaba su vida familiar era la búsqueda habitual de valores trascendentes en el clima de normalidad:

nuestra vida familiar no tuvo nada de extraordinaria, fue un hecho ordinario, con sus debilidades. Sin embargo, seguimos siempre enseñanzas importantes que las almas de buena voluntad pueden disponerse a imitar y a realizar también hoy... Fuimos una familia abierta a los amigos y a todos los que querían respirar el clima de nuestro hogar; la habitación de huéspedes siempre estaba lista. En los años de la guerra, a menudo arriesgando muchísimo, acogimos y prestamos ayuda a todo el que la pidió.

De forma semejante, su hermano menor, el P. Paolino (Cesare), a los 92 años se expresó:

Si bien nunca había imaginado que un día serían proclamados santos por la Iglesia, puedo afirmar sinceramente que siempre percibí la extraordinaria espiritualidad de mis padres. En casa, siempre se respiró un clima sobrenatural, sereno, alegre, no beato. Independientemente de la cuestión que debíamos afrontar, siempre la resolvían diciendo que había que hacerlo 'de tejas para arriba'.

Luigi , después de dos crisis cardíacas en 1941 y 1944, sucumbió a la tercera, falleciendo en 1951; María, su fiel esposa, afrontó este dolor con gran fe. Ella continuó su apostolado, adhiriéndose por indicación del P. Garrigou-Lagrange OP, su director espiritual, al movimiento “Frente de la Familia”, laborando en la defensa de la integridad de familia. Murió santamente en 1965.

Los tres hijos todavía vivos de este matrimonio estuvieron presentes en la beatificación de sus padres en el año 2001, con edades de 95, 92 y 87 años respectivamente. La beatificación que tuvo lugar en Roma el 21 de octubre del 2001, coincidió con el 20º aniversario de la encíclica *Familiaris Consortio*, dedicado a la vida matrimonial y familiar, y fue ocasión de una gran concentración de en torno a la familia.

## 11) Jacques Maritain y Raïssa Oumansoff de Maritain: pareja enamorada de la verdad

Raïssa Oumansoff,<sup>57</sup> rusa judía, nacida en 1883, llegó a París cuando tenía 10 años de edad, y en sus años maduros de la juventud esta joven dotada de una profunda inteligencia entró a estudiar en la Sorbona.

Los estudiantes y doctores que frecuentaban la casa de mis padres en París -narra Raïssa - consideraban que todo en la vida dependía de los descubrimientos efectuados por las ciencias naturales y físicas. Todos eran deterministas, positivistas, materialistas, y yo lo era con ellos.

Sin embargo, sentía la inquietud de buscar una Verdad trascendente, más allá de los descubrimientos puntuales de las ciencias naturales, pero no encontraba eco en sus profesores, ni siquiera en los filósofos. Esa inquietud la llevó a encontrar y compenetrarse cada vez más profundamente con un compañero de estudios en la Sorbona: Jacques Maritain, que experimentaba la misma desilusión con las ciencias y las mismas inquietudes por las verdades últimas. Habiéndose licenciado en Filosofía, Jacques estaba estudiando por la licenciatura en Ciencias. Trabaron rápidamente una entrañable amistad, motivados como eran por los mismos anhelos existenciales.<sup>58</sup> Los dos frecuentaron los mismos cursos sin sentirse satisfechos con la enseñanza materialista del positivismo reinante en la Sorbona. Los dos sentían hambre de una sabiduría metafísica que no le brindaban sus maestros. Pero no era todo color de rosa para ellos: más bien llegaron al borde de la desesperanza por esta desilusión que los consumía. Raïssa, particularmente atormentada por el “problema del mal”, ya prácticamente había perdido la fe judía que iluminaba su infancia, y degustó lo que ella describe como “la amargura del vacío del alma que ve apagarse todas las luces, una por una.” Un día los dos enamorados tomaron una decisión muy grave que afectaría el curso de sus vidas: paseándose por el Jardín de las Plantas en París, hablando de estas cosas, se pusieron de acuerdo que si tuvieron que:

“renunciar a encontrar un sentido cualquiera a la palabra Verdad, a la distinción del bien del mal y de lo injusto y de lo justo, no era posible vivir humanamente.”

Es decir, mejor sería morir los dos suicidándose que vivir lo absurdo e injusto. Una típica determinación desesperada de jóvenes, sólo que ellos eran jóvenes nada típicos de su edad ni de su época. El hambre de lo absoluto les quemaba, y las ‘seguridades’ que ofrecía la sociedad no les convencía.

Felizmente optaron por no forzar el asunto: decidieron tomar un tiempo para tratar de descubrir “lo desconocido”, a ver si podía darles a conocer una verdad que daría sentido a sus vidas. Los dos grandes amigos llegaron a ser novios (1902-1904) y en esos años precisamente tuvieron una serie de contactos con figuras excepcionales que los llevaría a la Verdad que buscaban sin conocerla.

Bergson fue el primero que respondió a nuestro deseo profundo de verdad metafísica –escribe Jacques en su *Confesión de Fe*–. y el que despertó en nosotros el sentimiento de lo Absoluto.

Se casaron en noviembre del 1904, y medio año después tuvieron uno de los encuentros más decisivos de toda su vida, con un hombre despreciado por los de la Sorbona, pero quien ejercería

---

<sup>57</sup> Entre otras fuentes, consulté: Michael Sherwin, O.P., *Raïssa Maritain: Philosopher, Poet, Mystic* (disponible en Internet al <http://www.catholiceducation.org/articles/arts/al0052.html>); Raïssa Maritain, *We Have Been Friends Together* (tr. de *Les grandes amitiés*); Ambrosio Romero Carranza, “Jacques Maritain, Vida y Obra del Apóstol Laico más grande del siglo” en [http://www.humanismointegral.com/DOCS\\_1\\_Maritain/105\\_2\\_Apostol\\_laico.html](http://www.humanismointegral.com/DOCS_1_Maritain/105_2_Apostol_laico.html).

<sup>58</sup> Jacques escribía en su *Confesión de Fe*: En mi infancia fui instruido en el protestantismo liberal. Más tarde conocí los diversos aspectos del pensamiento laicista. La filosofía cientista y fenomenista de mis maestros de la Sorbona me llevó en definitiva a desesperar de la razón. En algún momento llegué a creer que podría encontrar la certeza integral en las ciencias. Felix Le Dantec pensaba que yo sería discípulo de su materialismo biológico. Mi mayor deuda a los estudios de esa época en la Facultad de Ciencias fue el encuentro, no con Le Dantec, sino con Raïssa, a la que desde entonces tuve la dicha de contar para todos mis trabajos en una perfecta y saludable comunión.

una influencia capital en la vida de esta pareja. Maritain recordó años más tarde:

La primera vez que vi a León Bloy fue en su casa de Montmartre, cuando vivía en Rue du Chevalier de la Barre. Después de leer algunos de sus libros, Raïssa y yo le habíamos escrito con mucho temor y temblor una carta de admiración. En respuesta a esa carta, junto al envío generoso de algunos ejemplares de sus libros, nos había invitado bondadosamente a visitarle. Nos sedujo en cuanto entramos la sencillez y la paz de aquella casa pobre, por encima de la cual parecían moverse sin ruido las alas del milagro. La esposa de Bloy, de alta estatura, de rostro blanco y noble, con grandes ojos tranquilos y llenos de bondad, salió a recibirnos. Sus dos hijitas, Verónica y Magdalena, estaban con ella. Bloy nos habló casi tímidamente; siempre hablaba así en voz baja, pues detestaba las vociferaciones orales. Se veía que sólo las almas le interesaban, y que era con ellas que buscaba entenderse desde el primer momento. Empero, no había en él ninguna especie de celo proselitista; sólo había mucho amor y el sentido del misterio oculto en el menor suceso y en la menor coincidencia.<sup>59</sup>

Jacques y Raïssa admiraron en Bloy la inmensidad de su alma, su celo ardiente por la Justicia y su amor por la belleza de la religión católica que practicaba con fervor. Bloy les reveló la existencia de una fe vivida a fondo por un hombre pobre, cuya vida y la de su mujer y sus hijas transcurría casi en la miseria. No era, pues, el catolicismo únicamente la religión de los ricos. La amistad perduró trece años consecutivos hasta el día de la muerte de Bloy, ocurrida en 1917. A su vez, Bloy amó a la joven e inteligente pareja que a él llegó en busca de la Verdad, y los incitó que, para ello, leyeran vidas de santos y escritos de los místicos, a fin de que allí encontraran a Quien dijo: “Yo soy el Camino, la Vida, la Verdad, la Luz, y el que me sigue no andará en tinieblas” (Juan: 14,6; 8,12). La sed metafísica que atormentaba a Jacques y a Raïssa, quedando saciada con lo que descubrieron en aquellos lecturas, comprendieron el significado de una frase repetida por Bloy: “La mayor tristeza de la vida es la de no ser santo”. Bajo la atracción hechicera del místico, profético y controvertido León Bloy y la sencilla acogida de su esposa Jeanne, hicieron un largo y paciente camino hacia la fe católica. Fueron bautizados juntos en la fe católica el 11 de junio de 1906 ellos y la hermana de Raïssa, Vera --pese a la oposición de los familiares de ambos (luego convertidos también al catolicismo por su discreto testimonio de vida)-- y vivieron fieles a su nueva fe toda la vida. Pidieron a León y Jeanne Bloy ser sus padrinos; un cargo que éstos desempeñaron con desbordante alegría, suma conciencia y escrupulosidad.

Los años entre su bautismo y el comienzo de la Primera Guerra Mundial están marcados por la conversión de muchos de sus familiares, uno por uno, sin presiones, y de varios de sus grandes amigos: el amigo de niñez de Jacques, Ernest Psichari, y su mentor de antaño, Charles Péguy; los Van der Meers, convertidos en feb 1911 y también amigos leales de los Bloy. Entre los Bloy, los Maritain y los Van der Meer brotó una linda amistad de tres parejas decididas de jugarlo todo por vivir la santidad.

Mientras Jacques filosofaba con Gabriel Marcel, Francois Mauriac, Jean Cocteau, Etienne Gilson, Julien Green y otros contemporáneos, Raïssa mantenía una comunidad de contemplación, oración y meditación, complementaria al trabajo intelectual que ambos desarrollaban.<sup>60</sup> La fe católica también cundió profundamente en Jacques; se vio no solamente en sus clases y en su obra escrita, sino también en su vida personal. Su piedad era grande; como su maestro, León Bloy, fue hombre de oración. Por eso, cuando vivieron en Meudon (un barrio de París) después de la primera guerra mundial, la jerarquía eclesiástica les concedió la autorización especial de guardar el Santísimo en su hogar y que allí se pudiera celebrar misa, como así lo hizo varias veces el padre Humberto Clerissac OP, su mentor y director espiritual. La residencia de los Maritain era una casa

---

<sup>59</sup> pp. 9-10 de la conferencia “Cursos de Cultura Católica” de Buenos Aires el 9 de octubre de 1936 publicada por Adsum, Bs. As., 1937, bajo el título de ‘León Bloy’. Citado en el artículo de Ambrosio Romero Carranza.

<sup>60</sup> De hecho, en 1912 Jacques, Raïssa y su hermana Vera se hicieron oblatos benedictinos, estableciendo en su hogar una especie de comunidad familiar de oración y estudio.



de oración, donde Raïssa era el alma, acompañada de su hermana Vera, quién vivió siempre con ellos. Raïssa ayudó a muchos intelectuales en su conversión al catolicismo, fue madrina de muchos bautizos de personas adultas que buscaban en los Maritain la orientación espiritual del cristianismo. Los esposos Jacques y Raïssa decidieron libremente no tener hijos, sino vivir como “hermano y hermana” toda su vida para dedicarse con mayor libertad al apostolado de la verdad que tanto les apasionaba. Su casa era entonces como un imán para intelectuales y artistas, científicos y filósofos, creyentes y ateos. Entre los que frecuentaban el ilustre hogar era: Ch. Journet, N. Berdiaev, E. Gilson, J. Cocteau e I. Stravinsky, Roualt y Severini, L. Massignon y E. Mounier, Lourie, Satje, M. Chagall, P. Claudel y F. Mauriac.

La obra de Jacques Maritain –mucho más conocida que la de su esposa– no se puede comprender sin la contribución de Raïssa, ni la de Raïssa aparte de Jacques. Fue Raïssa quién entusiasmó a Jacques para el estudio del pensamiento de Santo Tomás de Aquino; ella quien estableció las reglas para los Círculos de Estudios Tomistas, y de ella surgieron muchas de las ideas que expuso su esposo. Juntos habían escrito: *De la Vida de Oración* (1922), *Situación de la Poesía* (1938) y *Liturgia y Contemplación* (1959), y ella sola otras 8-9 libros sobre diversos temas de antropología filosófica, estética y espiritualidad. La vena artística de Raïssa la llevó a incursionar en el campo literario, donde logró escribir importantes poemas, todos con un sentido espiritual. A partir del año 1920 Jacques comenzó a realizar su apostolado cristiano por medio de la palabra hablada y escrita, apostolado que perduraría más de sesenta años hasta el día de su muerte ocurrida en abril de 1973, dejando cincuenta y cinco libros salidos de su pluma, sin contar sus innumerables artículos y colaboraciones en diversas publicaciones. Ella fue la inspiración y la ayuda necesaria a la altura de todo su trabajo.

El 26 de marzo de 1936, Raïssa se entrevistó con su primer gran profesor, Henri Bergson; dos meses después salió a la Argentina, acompañando a su esposo, donde permanecieron mas de tres meses. En los años antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial los Maritains hablaron proféticamente sobre la postura de los católicos frente al nazismo, sobre la guerra en Etiopía y la de España, contra el antisemitismo, sobre la persecución de los judíos y los gitanos en Europa.

La Segunda Guerra Mundial encontró a Jacques dando clases en Canadá, y la crueldad desatada por Hitler en toda Europa, y en particular la ocupación de los nazi en Francia les obligó a vivir en Estados Unidos de América para preservar a Raïssa de la persecución sangrienta de que eran víctimas los judíos, además por el compromiso de Jacques con la causa de la resistencia francesa.<sup>61</sup> Jacques reconoció el desastre que constituía la guerra y la ocupación de Francia, pero creía que era también la oportunidad de crear una nueva Francia para los que tenían la valentía y profundidad espiritual para emprender la reconstrucción. Escribió *A través del desastre*, un libro que llegó de contrabando a Francia y fue leído extensamente por los miembros de la resistencia. Raïssa, por su parte, publicó en dos libros sus memorias de los años oscuros que habían vivido al comienzo del siglo, para infundir esperanza en los jóvenes que veían todo negro en los años de la Guerra.<sup>62</sup> Al final, después de cinco largos años, contra lo que había creído Raïssa, ella y Jacques pudieron volver a su amado París una vez que el nazismo sufrió una aplastante derrota.

---

<sup>61</sup> Durante la II Guerra Mundial, Maritain se había declarado partidario de la resistencia francesa encabezada por el general De Gaulle. No es extraño, pues, que debido a esa circunstancia y a su prestigio personal adquirido con sus clases, sus libros y sus ideas, Maritain fuese nombrado Embajador de Francia ante la Santa Sede. El Papa Pio XII lo acogió calurosamente cuando éste vino a presentar sus credenciales. En el lapso que Maritain estuvo en Roma como Embajador de Francia (1944-1948) oía Misa todas las mañanas en la capilla privada del Papa.

<sup>62</sup> Fue publicado en dos partes: *Las grandes amistades* (1941) y *Aventuras en la Gracia* (1944); tomados en conjunto cubren todos los años alrededor de su conversión. Son entre las mejores obras de Raïssa, y las de más interés para conocer la vida íntima de esta pareja de filósofos y sus primeros años como creyentes. Relatan sus encuentros con Péguy, Bergson, los Bloy, los Van der Meer, y con otros jóvenes intelectuales de aquellos años

A finales de 1957 su hermana Vera fue atacada por una cancer. Debió ser operada, luego se produjo una metástasis en la cadera, y después de un año de sufrimientos Vera murió el 31 de diciembre de 1959. Los Maritain regresaron a Francia a mediados del año 1960... Raïssa murió el 4 de noviembre de ese mismo año. Antes de morir Raïssa había sido visitada por su entrañable amigo Pierre Van der Meer.<sup>63</sup> La amistad entre estas dos parejas !perduró 50 años! La muerte de Raïssa fue un duro golpe para Jacques: perdió a la compañera de toda su vida, quién había estado a su lado desde los estudios, en la conversión y en toda su labor filosófica, religiosa y literaria. Habían vivido en estrecha unión conyugal durante cincuenta y cinco años:

Ahora todo ha quedado en mi roto y descoyuntado, desde el súbito golpe que se inició con la última enfermedad de Raïssa (exactamente en el momento en que, al llegar de América, cruzábamos el umbral del aposento del Hotel, en París, el 7 de julio 1960). El 4 de noviembre, al cabo de cuatro meses de dolor, Dios se la llevó consigo y de ahí en adelante me encuentro sólo aquí abajo, al menos según las apariencias de éste mundo visible.

Después de la muerte de Raïssa, Maritain preparó y publicó dos libros con textos de su esposa: *La contemplación sobre los caminos* (París, 1962) y *Diario de Raïssa* (París, 1963). Los restos de Raïssa fueron sepultados en Kolsheim, en Francia, donde reposan hoy junto con los de su esposo. En uno de sus últimos libros, *El campesino del Garona* (1967), de índole algo autobiográfica, Jacques escribió:

"Quiero mencionar, entre los inmerecidos dones que he recibido de Dios, al más grande: haber compartido durante cerca de cincuenta y cinco años, desde nuestro bautismo, la vida de dos seres benditos, Raïssa y su hermano Vera, quienes, en el seno mismo de las tribulaciones de una existencia muy agitada, fueron, sin desfallecer un instante, fieles a la oración contemplativa, y estuvieron entregadas totalmente a la unión de amor con Jesucristo, el amor de su Cruz y a la obra que invisiblemente Él prosigue en medio de los hombres. Ellas me enseñaron lo que es la contemplación en el mundo. Yo era un rezagado, un obrero del intelecto, expuesto por eso mismo a creer que vivía realmente ciertas cosas porque mi cabeza las comprendía un poco y porque mi filosofía disertaba sobre ellas. Pero fui enseñado, y bien enseñado, por la experiencia, los dolores y las luces de esas dos almas fieles. Es lo que me anima a tratar de rendirles homenaje al hablar aquí de cosas que me sobrepasan, aunque sabiendo que el haber sido enseñado por su ejemplo no hace más fácil el traducir en ideas y palabras lo que así he aprendido" (p. 258).

¡Elocuentes palabras de homenaje de un esposo que reconoce y agradece a Dios por todo lo que debía a su esposa!

## 12) Gianna Beretta y Pietro Molla: heróicos esposos y padres

Gianna Beretta nació en 1922 a unos padres profundamente cristianos, la décima de trece hijos, cinco de los cuales murieron en tierna edad y tres de los cuales se consagraron a Dios: Enrico, misionero capuchino, Giuseppe, sacerdote, y Virginia, religiosa canosiana. Su padre participaba en la misa todos los días, y su madre fue una mujer humilde y firme. Después de recibir la primera comunión a los 5 años y medio, Gianna iba también a misa con su madre y comulgaba diariamente. Amaba las cosas bellas: la música, la pintura y las excursiones a la montaña.

---

<sup>63</sup> Pierre y Cristiana Van der Meer eran entrañables amigos de los Maritain, y como ellos había optado en un momento renunciar a la intimidad conyugal por perseguir la santidad, pero a diferencia de ellos, los Van der Meer se habían separado en algún momento para entrar cada uno en un monasterio o abadía, al estilo medieval. A ese entonces, Pierre y Cristina se habían juntado nuevamente, siguiendo los prudentes consejos de su director espiritual.

Participó protagónicamente en la Acción Católica desde joven y en la sociedad de San Vicente de Paúl, y unos ejercicios espirituales que hizo a los 16 años la orientó definitivamente por el camino de la santidad. Tuvo que interrumpir sus estudios a causa de su salud, y a los 20 años perdió sus dos padres. Estudió medicina desde fines de 1942 durante los turbulentos años de la Segunda Guerra Mundial, graduándose en 1949, y ganó su especialización en pediatría en 1952. En todo este tiempo de sus estudios profesionales, seguía profundizando su vida espiritual, tanto en la dimensión de la oración y devociones, como en el apostolado. Una compañera suya de ese entonces afirma: “Gianna daba su sonrisa abierta, llena de dulzura y de calma, reflejo de gozo sereno y profundo de la paz de su alma.”

Vivió su trabajo profesional a partir de 1952 con mucha entrega, tino y sentido de misión, viviendo con un hermano médico, y trabajando entre la población rural de Lombardía cerca de la frontera con Suiza. Su abnegación en el servicio de los más pobres creó una gran confianza en ella de parte de los pobres y enfermos de la zona.

Durante un tiempo pensó que su vocación era ir como misionera a Brasil (donde su hermano capuchino, P. Alberto), pero luego comprendió que su camino era el matrimonio. Fue sorprendido por el amor que empezó a nacer en ella hacia un joven ingeniero, Pietro Molla. Pietro era dirigente industrial, pertenecía también a la Acción Católica y era laico comprometido en la parroquia de Mesero. En el mes de abril 1955 aceptó su propuesta de matrimonio con ese hombre con quien compartía un mismo sueño de fundar una familia bien cristiana y de hacer felices el uno al otro. Los dos pedían el uno corregir al otro si es que veía alguna cosa mala en la conducta del otro, y ambos se prepararon al matrimonio con tres días de oración. Fueron jubilosamente casados el 24 setiembre de 1955; el hermano de Gianna, P. Giuseppe, presidió la celebración.

Pietro solía acompañar a su esposa cuando ella tenía que hacer visitas domiciliarias de noche. En la medida posible, tomaron algunos meses de vacaciones como familia en las montañas, y algunas veces ella acompañaba a su esposo en sus viajes de negocios. Iban juntos al teatro, a conciertos o a películas en Milano.

Su sueño era tener muchos hijos. Gianna los llamaba en sus cartas (y en su trata directo con ellos) “mis tesoros más preciados”. Su primer hijo, Pierluigi, nació a los 14 meses de su matrimonio. Los trabajos profesionales de Gianna como médico pediatra también aumentaron por esa época, por lo que decidieron emplear a una muchacha para ayudar en el cuidado del bebé. Después del nacimiento de María Zita, su segundo hijo, a los dos años de casados, tanto ella como él experimentaron el aprieto de mayores responsabilidades. Pietro se sintió especialmente agobiado, y fue para un tiempo a descansar a solas. Lo extrañaba Gianna, como consta en una carta suya, anticipando su pronto retorno. Extrañaba su cálido abrazo, su fuerza y el apoyo de su presencia. A pesar de su ausencia sabía que él le amaba tiernamente, y le complementaba. Le era indispensable a ella; sintió que su amor a él estaba vinculado a su amor a Dios. En estos años seguía correspondiendo con su hermano capuchino en Brasil (Alberto), con su hermana religiosa en la India (Virginia), y mantenía contacto cercano con sus familiares en Italia: su hermana soltera, su hermano sacerdote diocesano (Giuseppe), y su hermano médico también casado (Ferdinando).

En la primavera del 1959, desde fines de abril hasta mediados de junio Pietro tenía que hacer un largo viaje de negocios a EE.UU.: era un tiempo de prueba para Gianna, que estaba con el embarazo difícil de su tercer hijo, además de tener que atender a sus dos bebés y un trabajo profesional muy exigente. Ella escribió 31 cartas a su esposo en ese corto espacio de tiempo. En los últimos días de la ausencia de Pietro, Gianna casi perdió su bebé debido a un toxemia, que una atención de emergencia de parte de su hermano médico logró tratar oportunamente. El 15 de julio nació Laura Enrica María, y Pietro recordó en una entrevista “Gianna no pudo haberme dado mejor regalo tan pronto después de mi regreso de América.” A fines del año siguiente (1960) hicieron un viaje juntos a Inglaterra y Holanda, y en julio 1961 otro a Dinamarca y Suecia. Al volver a Italia, se fueron con sus hijos a las montañas de vacaciones, junto con su muchacha y una amiga (otra

madre de familia). Poco después, descubrieron que esperaban su cuarto hijo, pero en el tercer mes del embarazo supieron que tenía un fibroma en el útero. Allí comenzó el período de heroísmo en su vida. En todo momento quiso que sea respetado y protegido la vida de su bebé. Ella pidió ser operada de tal manera que quitasen el tumor sin poner en peligro la vida de su bebé a pesar de implicar mucho mayor riesgo para su propia vida. Esto lo hizo delante de su esposo, su hermano médico y el cirujano que la iba a operar, plenamente consciente del riesgo que significaba para ella. Ante la sugerencia de un aborto, dijo resueltamente “Profesor, no lo permitiré jamás. Es pecado matar en el seno. No se preocupe por mí; basta que vaya bien el niño.” Ella escondió de su esposo su preocupación por su propia vida, pero le dijo que necesitaba de su amor y comprensión más que nunca.

Sin que desapareciera de su rostro la sonrisa, vivió los últimos meses en oración y disponibilidad, hasta que nació Gianna Emanuela el 21 de abril de 1962, Sábado Santo, en el hospital de Monza. Algunos días antes, había dicho a su marido: “si teneis que decidir entre mí y el niño, optad sin ninguna duda por el niño; lo exijo. Salvadlo a él.” Después de una semana de agudos dolores, falleció el 28 de abril de 1962.

Los obispos de Lombardía pidieron en 1978 que el Papa Juan Pablo II introdujera la causa de su beatificación con estas palabras:

Tal mujer, mártir por el amor de Dios y en obediencia a su mandamiento, que impide matar, da testimonio a y exalta el sublime heroísmo de una esposa y madre cristiana quien, en su respeto por toda vida, que es siempre el don de Dios a la humanidad, sacrifica su propia vida joven para decir “sí” al deber cristiano de amor. Es este ejemplo de la esposa y madres que nosotros, los arzobispos y obispos de Lombardía –en nombre de nuestros fieles– deseamos ver propuesta a toda la Iglesia.

Hoy, por medio del egoísmo y la violencia, se ha hecho demasiado fácil matar en todo sentido, sea abierta o solapadamente. En este mundo, que está propenso a pedir legislación que legaliza el aborto, la sierva de Dios Gianna Beretta Molla es un ejemplo valiente de vida cristiana. Este ejemplo de santidad laical, vivido en el estado de matrimonio, como enseña el Concilio Vaticano II, animará a muchos cristianos a buscar a Dios en el estado matrimonial. La fama de conducta cristiana ejemplar de que goza Gianna Beretta Molla es testimonio eficaz de esto. La vida y sacrificio consciente de la doctora Molla iluminan la importancia de la familia cristiana, de las escuelas cristianas, de la Acción Católica en la formación de la personalidad cristiana, y en comunicar algunas pautas principales a las que un cristiano debe someter la misma vida, como hizo conscientemente la doctora Molla.

Gianna Beretta Molla fue beatificado por Juan Pablo II en 1994 y canonizado en 2004.

## **Bibliografía**

Butler, A. (ed. Attwater, D.) Vidas de los Santos 4 vols. Collier's International, México, 1965.(orig. en inglés, Collier's, Londres, 1954)

Pérez de Urbel, J. Año Cristiano Madrid, B.A.C. 1959

R. Quardt, Los santos del año. Barcelona, Herder, 1958 (orig. alemán 1954),

<http://www.churchforum.org/santoral>

[http://www.corazones.org/santos/a\\_santos\\_vidas.htm](http://www.corazones.org/santos/a_santos_vidas.htm)

y sobre todo este (que me parece que tiene la lista más completa):

<http://www.vidasejemplares.org/santose.htm>